

xrite

colorchecker CLASSIC



100mm

EDICIONES POPULARES

de los libros antiguos y modernos mas leidos en Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA SEGUNDA VIDA.

Episodios del siglo XIX.

DE J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

EDICION ILUSTRADA CON 14 GRABADOS.

Contiene dos tomos en octavo.

PRECIO PARA LOS SUSCRITORES 2 REALES EN MADRID. 3 EN PROVINCIAS.—PRECIO PARA
LOS NO SUSCRITORES 8 RS.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
A CARGO DE DON G. ALHAMBRA.

1851.

BIBLIOTECA

UNIVERSAL

MUSEO ROMANTICO
L-VII
4

~~n-vii~~
4

EDICIONES POPULARES

de los libros antiguos y modernos mas leidos en Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA UNIVERSAL,

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

LA SEGUNDA VIDA.

Episodios del siglo XIX.

DE J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.

EDICION ILUSTRADA CON 14 GRABADOS.

Contiene dos tomos en octavo.

PRECIO PARA LOS SUSCRITORES 2 REALES EN MADRID. 3 EN PROVINCIAS.—PRECIO PARA
LOS NO SUSCRITORES 8 RS.



MADRID.

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACION
Á CARGO DE DON G. ALHAMBRA.

1851.

REVISTA POPULAR
de las ciencias y artes en todas sus ramas, con profusión de grabados.

REVISTA POPULAR

LA SEGUNDA VIDA.

Episodios del siglo XIX.

DE D. VICENTE GARCIA DE QUEVEDO.
EDICION REVISADA CON LA GRABADOS

Madrid: Imprenta de los señores Calleja y Compañía, en el número 3 de la calle de San Mateo, 1847.



Ref. G. 384



EDICIONES POPULARES
de los libros antiguos y modernos mas leidos en
Europa, enriquecidas con profusion de grabados.

BIBLIOTECA

UNIVERSAL.

LA SEGUNDA VIDA.

EPISODIOS DEL SIGLO XIX.

DE J. HERIBERTO GARCIA DE QUEVEDO.--1850.

Publicada bajo la
direccion de
D. A. F. de los Rios.

Una obra en un tomo en 8.º en cada entrega real cada una en Madrid, y 4 y medio en provincias franco de porte.

A LOS EXCMOS. SEÑORES

Duques de Rivas, marqueses de Andia y de Villasinda, etc. etc. etc.

MEMORIA DE CARIÑO DEL AUTOR.

Wer kann was dummes wer was kluges denken
Das nicht die Vorwelt schongedacht!
GOETHE—FAUSTO.

No recuerdo donde lo he leído ú oído: no estoy muy seguro de haberlo yo propio pensado; pero sea lo que fuere de estas cosas, creo firmemente que la epopeya del siglo XIX, es la comedia humana de Balzac. Y en efecto, exceptuando la forma, es decir, el no estar en verso, cosa razonabilísima en un siglo en que el predominio es de la prosa, la comedia humana de Balzac, es á nuestro siglo lo que todos ó casi todos los poe-



La oracion.

mas épicos famosos lo fueron á las épocas que los produjeron. Desde la Iliada y Odissea de Homero hasta la comedia de Balzac, es una misma la indole de la epopeya.—Los poemas del inmortal ciego de Esmirna, son un resumen de la vida de su tiempo:—creencias, conocimientos, historia, costumbres, manera de ser del hombre de ahora treinta siglos; nada falta: todo está allí descrito y compilado.—Virgilio, imitador de Homero, menos grande, si mas culto, no siguió á su maestro sino en la parte este-

rior, por decirlo así.—En los poemas de Homero, los cuales, digámoslo de paso, deben considerarse juntos, la esencia es lo principal: en la Eneida predomina la forma.—De Virgilio al Dante hay un vacío de catorce siglos, que el clarísimo poeta Florentino abarca en su gigantesca concepción:—hace más:—predice el futuro desarrollo del género humano; y, no bastando la tierra á su dominio, advina en el firmamento ástros entonces, y siglos despues desconocidos (1).

Comparando al Dante con Virgilio, no debemos desatender las circunstancias que rodeaban á entrambos al escribir sus inmortales poemas.—Virgilio tuvo la dicha de nacer en el siglo de oro de la literatura del Lacio.—Dante casi puede decirse que creó la lengua en que escribía.—Pero de esta sola razón, siquiera poderosísima, no depende la inferioridad de estilo, que, dadas las diferentes índoles de ambas lenguas, se observa en la obra del poeta florentino.—Virgilio, como ya lo hemos dicho, prefiere á todo la forma:—Dante hace lo contrario. Por poco familiarizado que esté el lector con la hermosa habla italiana, encontrará á cada paso y con profusión en la Divina Comedia, versos tan sonoros y bien contruidos, como los mejores de los más aventajados poetas de los siglos posteriores. El canto tercero del infierno empieza con este terceto:

Per me si va nella città dolente:

Per me si va nell'eterno dolore;

Per me si va tra la perduta gente.

Todo el mundo puede apreciar la diferencia de sonoridad que hay entre los versos primero y tercero, y el segundo, que es duro y mal acentuado.—El Dante quería ante todo espresar su pensamiento:—la forma era para él como para todos los grandes poetas de cualesquiera tiempos y países, una cosa secundaria.—Dante, pues, pertenece al número de los génius de primer orden:—acaso sea el mayor entre los más grandes.

Dos centurias despues aparece Ariosto. Su *Orlando furioso*, cuya acción, como nadie ignora, pasa en el siglo octavo de nuestra era, es como los del griego y el del florentino, una historia del género humano.—En él se ven los primeros destellos de esa tendencia á la burla y á la risa escéptica, que como un cáncer interno, en su más espantoso desarrollo, aparece por todas partes en la vida de nuestro siglo, mostrando á despecho del lujoso manto de una civilización falsa y extraviada los terribles estragos de su progreso mortal.—La fantasía de Ariosto es la más poderosa y varia que acaso haya existido jamás.—Apenas puede seguirlo el lector:—tan grande y diversificado es el cuadro que brota sin esfuerzo alguno á la voz de aquel ingenio gigantesco.

El Tasso en el siglo XVI escribió la Jerusalem.—Poema de conveniencias, y por decirlo en la lengua universal, de *commande*. Poeta cortesano, imitó á Virgilio:—él y su modelo pertenecen á los génius de segundo tamaño.—Como Virgilio culto, como él sábio, como él acabadísimo poeta:—inferior acaso en la forma á su maestro, el Cisne de Sorrento le aventajó con mucho en la creación y pintura de los caracteres;—pero la Jerusalem como la Eneida no son más que esfuerzos del talento: no pertenecen á la generación de las obras de que nos vamos ocupando.—

En los primeros años del siglo siguiente vió la luz pública en nuestra España la concepción más gigantesca que se haya registrado jamás en los anales de la literatura española, el Quijote. El amo y su escudero, el buen sentido y la locura, eternos distintivos que vienen confundiendo en el hombre desde el principio del mundo, y seguirán del mismo modo hasta su fin; hé aquí el pensamiento fundamental de la epopeya del manco de Lepanto. Como la Divina Comedia, como los poemas de Homero y como la Comedia Humana de Balzac, creemos que la historia del ingenioso hidalgo compendia y reasume la del género huma-

no.—De Camoens y Ercilla no nos ocupamos, porque las Lusíadas y la Araucana son una série de cantos históricos más ó menos bellos, concretados á una época ó á un acontecimiento.—Son como la Farsalia de Lucano y la Henriada de Voltaire, campañas en verso.—

Milton en Inglaterra en el siglo décimo séptimo y Klopstock en Alemania, en el siguiente, escribieron el Paraíso Perdido y la Mesíada.—Dejando aparte el elevado talento poético de los autores, y lo respetable y santo de los asuntos que cantaron, sus poemas no son del género que nos ocupa.—El Fausto de Goethe, la concepción más vasta acaso que haya producido un cerebro humano, sería el tipo más perfecto y acabado de esos poemas humanitarios destinados á vivir tanto como el mundo, si hubiera en él más sentimiento y menos ciencia. Su pensamiento capital es el amor, la redención por medio del amor, el supremo pensamiento moral del Evangelio: la unidad y armonía por medio de la atracción en el mundo físico.—El poema de Fausto, es el universo como ha dicho muy bien un crítico francés; pero el universo en un estado anormal: es una especie de caos.—La antigüedad clásica, las edades medias, el mundo moderno.—Las creencias religiosas de todos los pueblos, sus leyes y costumbres: las sectas filosóficas, las escuelas literarias; todas las grandezas y miserias de todas las edades transcurridas del mundo, están allí traídas y personificadas; pero en tan confuso é intrincado laberinto apenas puede la más robusta inteligencia deducir un claro y saludable enseñanza de aquella lectura titánica.—Las parábolas del Evangelio, son el tipo de la verdadera sublimidad.

Por lo demás, creemos que para analizar la obra del sublime poeta alemán, sería necesario escribir volúmenes enteros: ni es este nuestro propósito, ni nos sentimos con fuerzas para tarea tan desmesurada.

En 1788 nació en una modesta calle de la capital de la Gran-Bretaña, uno de esos génius homéricos, tan raros en los anales del mundo.—Hablamos del inmortal Lord Byron.—Tanto en sus poemas cortos, como en don Juan y Childe Harold, que dejó incompletos, se hubiera mostrado el bardo inglés digno émulo de sus grandes predecesores, si fuesen menos personales.—Detrás de Lara como de Manfredo, del Ghigour como de don Juan y el Corsario, se ve el autor.—Todo el mundo sabe que Childe Harold es un seudónimo más bien que un nombre.—Tenemos pues, desde Homero hasta Balzac, una cadena gigantesca, cuyos eslabones maestros son, el cantor de la ruina de Troya, Dante, Ariosto Cervantes, Goethe y Byron.

—Que este libro nuestro no es una producción de las que dejamos apuntadas, inútil es decirlo; ni nos hemos propuesto escribirlo, ni aun en el mayor paroxismo de nuestra vanidad pudiéramos soñar reunir siquiera un átomo del genio y saber y experiencia de mundo que poseyeron aquellos grandes maestros; pero tal cual es este parto de nuestro pobre ingenio, pertenece á la generación, por decirlo así, de aquellas obras.—No es el todo, sino una reducidísima parte: no es el árbol sino una de sus más pequeñas hojas.—*La segunda Vida* es á los grandes poemas humanitarios, lo que una de las piedras que ruedan al pié de la gran Pirámide á aquel gigantesco edificio.—Senda poco trillada en España, en todas épocas, es la que seguimos; menos trillada que nunca, hoy, puesto que la literatura se ha convertido en vil mercancía de un vergonzoso tráfico.—Ingrata la tarea, la recompensa limitadísima, cuando no nula: pobre nuestro ingenio, escasos nuestros conocimientos; preñoso y angustiadísimo el tiempo que hemos podido dedicar á su producción.—No hemos abierto un libro, ni escrito un apunte, ni meditado una hora sobre nuestro argumento.—La pluma ha volado, corrido, ó simplemente caminado sobre el papel.—Sentimiento, fé, esperanza, amarga sátira, burlona risa, desahogos sencillos del corazón, gritos del alma lacerada, recuerdos de días más felices ó de estudios de otros tiempos; todo, todo es espontáneo; todo así sentido; todo dicho con el corazón al trazarlo la pluma en su rápida carrera.

La Segunda Vida se ha escrito en menos tiempo del que se tomaría el autor, si sus circunstancias se lo permitiesen, para escribir un acto de drama, ó un discurso académico, ó un artículo crítico sobre una obra de la extensión de la presente.

Madrid 30 de abril de 1851.

(1) *Non vogliate negar l'esperienza
Dietro al Sol, del mondo senza gente.
Inferno, canto XXVI.*

Y más adelante en el mismo canto:

Tutte le stelle già dell'altro polo etc.

PROLOGO.

Voy á contar, aunque en verdad me asusta,
un cuento inverosímil, portentoso,
que á la comun verdad poco se ajusta,
y cierto empero és, si prodigioso:
Ya te veo, lector, con frente adusta
el áspero atusándote ó sedoso
bigote, así esclamar en tono aleve:
¿Cuentos á mí?—¿en el siglo diez y nueve?

Cuentos, y por qué no?—¿Crees por ventura,
que todo en este siglo es positivo?
¿Qué entien les por verdad?—Dí con lisura
tu opinion: no te muestres tan esquivo.
—Entrar en discusion fuera locura!—
¿Eso dices?—pues oye, por Dios vivo,
la desnuda verdad, yo te lo abono,
sobre el siglo feliz décimo-nono.

Ya los pueblos no creen en las patrañas
que ilusos sacerdotes ó embusteros
contaban del lugar donde las sañas
divinas, en hornallas y calderos,
de maneras al hombre nada estrañas
se cebaban en nobles y pecheros,
cuyas almas en bárbaro guisado
en espacion hervian del pecado.

Mas ¿dónde ahora el muro diamantino
de la invencible fé en la maladanza?
¿Dó al corazon el bálsamo divino
de la virtud mas dulce, la esperanza?
¿De los hombres el mísero destino
acaso es mas feliz con tal mudanza?
—Perdieron ¡ay! á par de las visiones,
la primera virtud sus corazones.

Si de la fé divina á la fé humana
pasamos, ¡qué espectáculo, lectores!
Jamás hubo lasciva cortesana
rea de tan impúdicos errores.
No es la severa ley republicana
la de esos furibundos redentores:
Ya no hay freno, ni ley, dique, ni norma—
—¡Viva la libertad de la reforma!

«¡Libertad! ¡libertad! hombres ilusos,
»dad por el pie á la torpe tiranía!»
¡Austriacos alerta, alerta rusos,
temed esa feroz demagogía! (1)
El Buen Prudhon para extirpar abusos
predica ¡gran remedio! la anarquía!
¿Qué hay contra el monopolio?—El
(comunismo, (2)
monstruo feroz, aborto del abismo.

Los bienes son comunes, ciudadanos;
no en trabajar se canse el jornalero:
si todos ricos son, ¿á qué las manos
desgarrar en trabajo rudo y fiero?
—«¡Pueblo rey, todos somos soberanos!»
Tal vez esclame así mi zapatero,
cuando, al mirarlas por las suelas rotas,
le mande á remontar un par de botas.

Y si de las políticas creencias
paso á la fé, que acaso es mas sagrada,
y aunque base de públicas conciencias
hemos dado en llamar la fé privada:
¡Cuántos crímenes ¡ay! cuántas dolencias
aquejan en el día á la cuitada!

(1) Un acento mas ó menos no importa, lector, y por si te importare, sabe que el acento en la sílaba final de esta palabra, está mas en conformidad con su etimología griega y con nuestra prosodia.—Es cierto que el uso está en contra; pero en tiempo en que no se respetan las leyes, ¿por qué hemos de respetar los usos?

(2) El autor puede ser republicano; pero de camisa limpia.

¡Cuántas viles, domésticas traiciones,
completan del gran siglo los blasones!

El amante que engaña á su querida,
el mercader que falta á sus contratos,
el que á su bienhechor niega y olvida,
los pícaros en fin, y los ingratos;
estos saben el arte de la vida,
los demas necios son y mentecatos.
—¿Quieres, lector, pasar por un portento?
No tengas corazon ni entendimiento.

Mas basta de sermon:—si convencido
está con lo ya dicho mi auditorio,
inútil es seguir; si, embravecido,
al contrario se cree en el Purgatorio
con este mi discurso entretenido,
quitarle es justo ya el vejigatorio;
que aunque por vil salario nunca escribo,
al fin y al cabo de mis versos vivo.

Y si con la opinion no capitulo
de la *audi-circumstante* mayoría,
el crédito del libro fuera nulo
y el editor sus cuartos perdería:
al poder de las armas nunca adulo,
mas al de la opinion, cometería
torpeza grande en no ceder y pronto:
doy culto á la opinion: desprecio el *Ponto* (1).

Mas anudando el hilo de mi prólogo
que interrumpió un discurso poco análogo,
detecto capital en un monólogo
cuando es falta terrible en un diálogo:
declaro que mi cuento es un apólogo
de mi propia invencion; á mi catálogo
pertenecce hasta el último cartílago,
que aborrezco del plagio el vil mucílago.

Y como otros en rancios manuscritos
ignotos á la pluma de la historia,
gustan acaso de encontrar delitos
ó acciones dignas de inmortal memoria;
y sin examen previo de peritos,
ardiendo en ambicion de fama y gloria,
á la prensa los dan, una injusticia
reparando, ó torciendo la justicia:

Yo prefiero dar vida á las visiones
que pueblan mi cerebro conturbado,
parto tal vez de vagas ilusiones,
esperiencia tal vez de lo pasado:
melancólicas, tiernas creaciones,
cuando vivo tranquilo y sosegado;
borrascosas y fieras y terribles
cuando no son mis horas bonancibles.

Mas siempre verdaderas: sacro culto
di amante á la verdad desde tan niño,
que no recuerda el corazon adulto
cuando naciera en él aquel cariño:
que perdone, lector, no dificultad
de mi sencilla pluma el desaliño,
que la verdad no ha menester afeite
para dar enseñanza y aun deleite.

Y aquí juzgo acabar muy oportuno,
que el prólogo difuso se me antoja,
y como hago los versos uno á uno
siento ya del cansancio la congoja:
aunque me llames necio é importuno,
carísimo lector vuelve la hoja:
Introduccion á la segunda vida:
prosigue, que es historia entretenida.

INTRODUCCION.

I.

Muy cerca de media milla
de la ciudad de Verona,

(1) Léase destierro, cárcel, multa, persecucion, etc., etc., etc.

que en dos mitades dividen
del claro Adigio las olas;
en un antiguo edificio
cuyos muros desmorona
del tiempo la férrea mano;
cual la enamorada tórtola
que del tierno compañero
la insólita ausencia llora:
bajo verdes emparrados,
y entre lirios y amapolas,
de mármol cándido surge
una tumba suntuosa.

Cerca de allí se levantan,
por varias partes ya rotas,
gruesas tapias que defienden
un jardín, que si la crónica
no miente, fué cementerio
en edad no muy remota:
y alrededor de la tumba
de que hablamos, se amontonan
informes restos de estatuas
y de mutiladas losas,
Claro indicio que demuestra
que estuvo entre muchas otras,
aquella tumba que hoy dia
mira el viagero tan sola.

Una admirable figura
de mujer la tumba adorna;
y tan al vivo el artista
retrató sus bellas formas,
dió tal vida y tal blandura
á sus facciones hermosas,
que no inanimada piedra,
vision pura, encantadora
parece, de casta virgen
que en la noche de sus bodas
en cándido lecho aguarda
al esposo á quien adora.
Y á la luz incierta y pálida
de alguna nocturna antorcha,
ó al débil rayo argentino
de la luna vaporosa,
de sus ojos entreabiertos
parece que rayos brotan
de amor, y que tibia sangre
á sus mejillas se agolpa.

Aquella tumba recuerda
la tristísima memoria
de dos víctimas ilustres
que inmoló la impia discordia.
De Julietta y de Romeo
los frios restos reposan
allí, de sus dos familias
entre las airadas sombras;
y en el silencio profundo
de la noche tenebrosa,
cuando los felices duermen
y vigilan los que lloran,
las náyades del Adigio
llevadas sobre sus olas,
al son de música dulce
y en enamoradas trovas;
cuentan su amor y su muerte
á la ciudad de Verona.

II.

Fiat lux....

Era una noche plácida y serena
de las que lleva á Italia el tibio abril,
y asomaba su faz la luna llena
al través de las sombras del pensil.

Y alzaba el ruiseñor su blando pio
entre el follage de la selva gaya,
y mansamente murmuraba el rio
reclinado en la arena de la playa:

Era el hora feliz en que el mendigo
olvida su miseria y abandono,

y en el regazo del reposo amigo
tal vez no envidia el esplendor del trono.

El hora de las citas misteriosas
en que se animan las calladas rejas,
y en que pueblan las calles silenciosas
tiernos suspiros y amorosas quejas:

El hora de las célicas visiones,
el hora de los sueños virginales,
en que en el ronco mar de sus pasiones
se adormecen los míseros mortales.

No el hora del silencio: era la hora
en que se oye distinta la armonía,
con que dotó la ciencia creadora
al viento, al mar y á la arboleda umbría.

La voz del claro arroyo que murmura
prisionero en el cauce florecido,
y el grito de dolor que en su amargura
lanza el viento entre rocas comprimido:

Y el lejano mugir de los torrentes,
los ayes de la tierra creadores,
y el beso de los tímidos ambientes
en el púdico caliz de las flores...

Mas súbito un rumor mas dulce y grave,
que todo humano ó terrenal acento,
de vírgen ó de mar, de brisa ó ave,
turbó la paz de aquel apartamiento.

Era el rumor que con sus níveas alas
producia un espíritu divino,
que atrás dejando las eternas salas
seguía hácia la tierra su camino

Y de la luna un argentino rayo,
trémulo de las nubes descendía,
alumbrando al través del techo gayo
la blanca imágen de la tumba fría.

Posó el ángel de luz su planta leve
sobre la piedra del sepulcro helada;
y plegando sus alas de oro y nieve,
la mano levantó: la inanimada

piedra, al potente signo estremecida,
lentamente se alzó del duro lecho;
tomó su róstro el tinte de la vida
y tibia sangre circuló en su pecho,

y en púdico rubor tinta la frente
compuso su flotante vestidura,
mientras el ángel de luz su vuelo ardiente
torció veloz á la superna altura.

III.

KARL GRUNER.

Sobre un caballo fogoso
nacido allá en Mecklemburgo,
como el relámpago leve
y como el dolor oscuro;
al frente de treinta bravos
y mas bravo él que ninguno,
va el capitán Cuchillada
de Verona en torno al muro.
No al noble baron, su padre,
ni á su valor sin segundo
debe aquel nombre expresivo
que le dá el curioso vulgo:
Cárlas Gruner se apellida,
y aquel su título adjunto
no á estocadas ni mandobles
con que mató á mas de uno
lo debe, sino á un sablazo
que le dió un amigo, ruso,
y que dibuja en su rostro
un rco de medio punto.
Mas á pesar del efecto

de aquel golpe furibundo,
es Gruner gallardo mozo
si entre alemanes lo hubo.
Castaño tiene el cabello
como la barba, y mas rubio
el retorcido bigote,
rabia y envidia de muchos:
blanca la tez, arqueadas
las cejas, ojos cerúleos,
el cuerpo alto cuanto airoso,
esbelto cuanto robusto.

Es Gruner muy buen soldado,
con los hombres algo brusco,
con las hembras algo alegre
y bien quisto entre los suyos.
Nadie en báquicos festines
le hizo cejar, y en el mundo
no hay uno que le aventaje
en los bélicos tumultos.
De noble sangre nacido,
si el capitán tiene orgullo,
lo funda en ser mas hidalgo
que todos los hombres juntos.
Altivo con sus mayores,
con sus iguales adusto,
tan solo con los pequeños
varía de tono y rumbo;
que en su pecho generoso
un corazon late puro,
tan fino como el diamante
y como el diamante rudo.
Tal es, lector, en compendio,
el vivísimo trasunto
del capitán que galopa
de Verona en torno al muro.

IV.

¿QUIÉN VIVE?

En tanto, la tierna jóven
levantada del sepulcro,
á la voz generadora
del Sér sobre todos Sumo;
Con desigual movimiento
y entre congojas y sustos,
trémula, débil la planta,
va hácia Verona en lo oscuro.
No sabe de dónde viene
ni adónde va; que si adultos
el espíritu y el cuerpo
son á su edad en el mundo;
ella, de nacer acaba,
é imperfectos cuanto rudos,
si débiles son sus miembros,
su entendimiento es confuso.

Por el instinto guiada
girando va en torno al muro
en busca de alguna puerta;
cuando un grito tremebundo
la dejó petrificada,
sin movimiento y sin pulso.
«¿Quién vive?—grita un tudesco,
y en el silencio profundo
repite el eco: ¿quién vive?
con prolongado murmullo.
Dos veces mas rompe el aire
la misma voz, y en el muro
se agitan los centinelas
con insólito tumulto.
Por cuarta vez el soldado
lanza el marcial grito agudo;
cuarta lo repite el eco,
mas no responde ninguno.

Empero allá entre las sombras
divisa el soldado un bulto
que tácito se desliza
como un espectro nocturno;
y viendo la persistencia
con que se obstina en ser mudo,

apela á su carabina,
postrer militar recurso.
El tiro al aire dispara
como entre bravos es uso,
que no se apura un valiente
sino en el último apuro;
y al fulminante estampido
prolongado hasta al centuplo
de las vecinas montañas
por los ecos tartamudos,
un grito de inmenso espanto,
desgarrador, moribundo,
llega distinto al guerrero
que lo oye casi con susto.

Al estruendo del disparo
se dirigen á aquel punto,
corriendo á escape tendido
el capitán con los suyos.
Llega Gruner; interroga
al soldado, y taciturno,
al que imagina cádaver
se acerca casi sañado.
Mas que el relámpago leve
salta del fogoso bruto,
y al vacilante reflajo
de un rayo de luna fúlgido,
ve á una desmayada jóven,
que en el suelo áspero y duro
parece un lirio arrancado
por el austro furibundo.

Cual la madre cariñosa
que en su seno al dulce fruto,
de su amor, blanda acaricia
con tiernísimos arrullos:
y lo oculta en su regazo,
y se opone, vivo escudo,
entre el párvulo inocente
y los peligros del mundo:
asi, el inclito guerrero
entre sus brazos robustos,
el lánguido cuerpo oprime
de la jóven, y con sumo
interés, que sus palabras
revelan á los mas rudos;
en alemán muy correcto
y en italiano algo turbio,
la consuela y acaricia
endulzando el tono brusco
de su voz, hasta trocarla
en suavísimo susurro.
Mas va cediendo el desmayo,
y movimientos convulsos
anuncian que en aquel cuerpo
torna la vida á su curso.
Entonce al corcel fogoso
se lanza Gruner seguro;
só la ancha capa guarece
del cefirillo nocturno
á la jóven, y estrechándola
contra su pecho robusto,
va mas ligero que el viento
hácia Verona en lo oscuro.

V.

EL CUERPO DE GUARDIA.

Sobre un mullido colchon
en el suelo colocado,
suntuoso lecho á un soldado,
si pobre para un Barón;

á la pálida vislumbre
de un quinqué casi estinguido,
y aunque acostado vestido
segun militar costumbre:

se ve á un apuesto doncé
de veintiocho años á treinta
á quien no poco impaciente
la vigilia del cuartél.

Hijo del suelo alemán,
crecido bajo otro sol,
mas que tudesco español
parece el Baron Neumann.

Al azabache da enojos
la ensortijada melena;
la tez del rostro morena
y casi negros los ojos.

Só las altivas facciones
que tantas mujeres aman,
no bien reprimidas, braman
sus volcánicas pasiones.

Mas de dos mujeres gimen
por el Baron deshonradas,
pero son faltas contadas:
—¿cuántas faltas son un crimen?

Corren validos rumores
de que no es con sus amigos
mas léal que en sus amores;
pero de esto no hay testigos.

En fin, goza en general
de aventajada opinion.
—Es mozo, rico y Baron:
¿hay pada mas natural?

¿Dónde la virtud salvaje
que á un hombre de ilustre cuna,
garbo, talento y fortuna
se niegue á dar vasallaje?

No:—No hay virtud que resista.
Hay mas:—sin otro tesoro,
basta y sobra con el oro
del mundo á hacer la conquista.

Opino en lo general,
lector mio, hombre ó mujer;
que á tus ojos quiero ser
si justiciero imparcial.

Recordar puedes, hermano,
por lo sabido y ramplon,
el proverbio castellano:
«No hay regla sin escepcion.»

Pues bien, al refran me atengo,
y no á todos califico
sino al comun:—Certifico
que por escepcion me tengo.

Y aunque en verdad no es factible
que lo seas tú tambien,
bien puedes serlo, muy bien:
—nada hay á Dios imposible.

Mas volvamos al cuartel,
donde dejamos tendido
á aquel jóven consabido
que es ademas coronel.

Bramando está de impaciencia
del cuartel con la vigilia,
y maldice á su familia
y su propia inesperiencia.

«¿Quién diablos me hizo abrazar
(piensa iracundo el Baron)
esta ruda profesion
de la vida militar?»

«¿No era á mi dicha bastante
tener un millon de renta,
(corto me quedo en la cuenta)
y un título retumbante?»

«¿Luego con esta figura
y entendimiento sobrado,

el convertirme en soldado
no fué una insigne locura?»

«Que si en mi edad infantil
vi con necias emociones
de las plumas y galones
el aparato pueril,

«Puede, gracias á mi nombre,
si cumplia á mi deseo,
pedir á mi amo un empleo
de escudero ó gentil-hombre.»

«Y el agosto Emperador
no me habria, á fé, negado,
un uniforme bordado
sin sueldo y por mero honor.»

«Y no que por el capricho
de meterme á matasiete,
vivo en constante entredicho
y con la vida en un brete.»

«Es cierto que este pais
Es muy bello y agradable;
pero es poco *fashionable*—
—¡Cuánto mas vale Paris!

«Las mugeres son hermosas,
tienen donaire y talento
y cantan que es un portento;
pero son tan caprichosas!

«¿Pues no han dado ¡oh vilipendio!
en no hacerme apenas caso?
—Soy tudesco y no me caso:
hé aquí la historia en compendio.»

«Por lo que hace á las casadas,
hoy se pican de ser fieles,
como si fuesen lebreles
de sus esposos—¡menguadas!

«En tanto, yo me desquito
de un desden que creo injusto,
y ya que no haga mi gusto,
cuantas honras puedo quitar.»

«Nos rehusan sus favores
porque somos alemanes:
no eligen, no, sus galanes
entre los dominadores.»

«Empero, Karl Gruner és
ídolo de la ciudad:
¿lo debe á su gravedad
ó á que habla bien el francés?»

«Aun no he resuelto el problema;
mas confieso que á la larga,
tal preferencia me carga,
y me corrompe y me quema.»

—«Pero en resumen, pesado
despacio el contra y el pró,
no es tan mala tierra, no,
este pais celebrado.»

«Que en cambio á sus asesinos
y á sus enfermizos vientos,
tiene lagos, monumentos,
y volcanes y casinos.»

«Y si hay en el *Lazzaroni*,
se vive en él muy barato,
y es la patria de Manzoni,
y el *risotto* es un gran plato,
y aun mejor los *maccheroni*.»

Aquí en su meditacion
fué Neumann interrumpido
por insólito ruido:
Levantóse del colchon

y aspacio y sin ser sentido
pasó á la otra habitacion.

VI.

CONSPIRACION.

Alargando un pié tras otro
con monótono compás,
cauto aplicando el oído
como el que quiere escuchar,
y con señales de asombro
en el rostro y ademán
porque el rumor que percibe
no es propio de aquel lugar,
hácia la próxima pieza
va el noble Baron Neumann.
Abre la puerta de un golpe,
y cual la muger audaz
de Lot, que las sumas iras
impia osó contemplar
desatendiendo el mandato
de su guía celestial,
por satisfacer, ¡qué tonta!
su inútil curiosidad,
y allí quedó convertida
en blanca estatua de sal:
así el coronel, atónito,
De piedra quedó al mirar
un cuadro, que ni aun en sueños
nunca vió ningun mortal.

A la luz de un moribundo
farol, colorando ya
las densas, nocturnas sombras
con trémula claridad
dudoso el rayo primero
de la aurora matinal;
entre nueve ó diez soldados
que en sus capotes están
tendidos en la penumbra
del espirante fanal,
y otros nueve ó diez que charian
con rudeza militar
fumando sus largas pipas
en grupos acá y allá,
en un banco de madera
muy semejante á un divan,
no en su riqueza y blandura,
sino en que es horizontal;
ni sentada ni tendida,
pues como sombra fugaz
apena en el duro asiento
llega su cuerpo á apoyar,
ve el coronel á una jóven
de hermosura celestial.

Al aire desparcida
flotando la castaña cabellera,
que en rizos ondulantes cae, partida
sobre un seno que á amor envidia fuera.

De ébano, el arco grave
de las cejas, en campo alabastrino,
y al fin del leve párpado, suave,
luengas pestañas de azabache fino.

Y en lánguido desmayo
los negros ojos de belleza rara,
cual si del sol el refulgente rayo
con su vívida luz los fatigara.

El túrgido, albo seno,
de agitacion interna combatido,
se agita, cual las olas del Tirreno
al azote del austro enfurecido.

Las fajas purpurinas
de los lábios, apenas separadas,
dos hilos dejan ver de perlas finas
sobre encarnado múrice esmaltadas.

GENTILI.
¡Brava! ¡Bravísima!
JULIETTA.
Grazie, signor.
(cantando.)
¡Numen benéfico
que paz y amor
vuelves al mísero
que á ti clamó:
calma tu cólera,
Dios de bondad,
y estas mis lágrimas
ven á enjugar!
(Los concurrentes aplauden desafortadamente.)

UN CONCURRENTE.
Es muy bella esa plegaria,
pero el canto religioso....
Vamos... canta algo chistoso.

VARIOS OTROS.
¡Sí... Sí!... ¡Una copla incendiaria!

JULIETTA.
¿Quereis una barquerola?
¿Una romanza francesa,
ó una balada escocesa?

GENTILI.
Una canzone spagnuola.

JULIETTA (ruborizándose.)
Una púdica doncella,
en su retiro apartado,
á sus solas se querella
de su amado.

Es un oficial airoso
que de amor la habló el primero...
Dijola: «seré tu esposo
verdadero.»

Conmovido, palpitante,
su inesperto corazón,
confesó al dichoso amante
su pasión.

Mas pasaron largos dias
y eternas noches pasaron:
las rápidas alegrías
se olvidaron.

Que el oficial fementido
por quien de llorar no cesa,
á cumplirla aun no ha venido
su promesa.

Una noche mientras ruega
á la Virgen soberana,
y en llanto amargo se aniega;
su ventana

Se abrió: por ella entró un hombre
en ancha capa embozado.
Va á gritar; mas oye el nombre
de su amado.

Se arroja entonces á su cuello,
olvidando sus agravios,
y los labios de él son sello
de sus labios.

Y ya cerca la mañana,
entre caricias y lloro,
se oyó al abrir la ventana:
«¡yo te adoro!»

GENTILI.
¡Brava! ¡bravísima!

EL CONCURRENTE.
¡A fé
que es bellísima canción!
¿Cuya es la composición?

GENTILI.
Sí... ¿Chi la scrisse?

JULIETTA.
No sé.

EL CONCURRENTE. (En voz baja á Julieta.)
¿Quieres venirte conmigo?
tendrás espléndidos trajes,
oro, caballos, carruajes...
seré tu mejor amigo...

JULIETTA.
Gracias, señor...
EL CONCURRENTE.
Enojada
me respondes...

GENTILI.
Signorina
vorrei... una cavatina...

JULIETTA.
Os cantaré una balada.

GENTILI.
Va bene... amici... tacete...
EL CONCURRENTE.

¡Basta!
GRUNER. (Adelantándose.)
Aunque á usted no la cuadre...

JULIETTA.
Se llama LA POBRE MADRE.
EL CONCURRENTE. (Aparte.)
¿Quién será este mozalvete?

LA POBRE MADRE.

Balada.

JULIETTA. (Cantando.)
Es la noche tenebrosa,
fria cual noche de enero,
y un espantoso aguacero
viene á aumentar su rigor;
y en el umbral de un palacio,
sobre la enlodada acera,
hay una familia entera
presa infeliz del dolor.
No lloran ya los cuitados,
sus pechos enronquecidos
exhalan sordos gemidos,
y con lastimera voz;
en coro repiten
con lúgubre son:
—«¡Dad una limosna
por amor de Dios!»

Una mujer y dos niños,
dos hijos son con su madre,
una familia sin padre
y en la mas cruda horfandad.
Allá dentro, los sonidos
se escuchan de alegre orquesta,
que es ostentosa la fiesta,
la mansion casi real:
adentro, las fuentes todas
de la terrestre ventura,
oro, talento, hermosura,
véñse en confuso monton:
de afuera, responde
la siniestra voz:
—«¡Dad á vuestro hermano
por amor de Dios!»

Y entran damas fascinantes
aun mas que por su riqueza,
por la espléndida belleza
de su rostro y actitud;
cándidas pieles de armiño
cubren las tersas espaldas,
y rubíes y esmeraldas
realzan su juventud.
Vienen detrás muy galanes,
con varonil apostura,
hidalgos de raza pura
y otros que nobles no son;
mas ninguno atiende
á la triste voz:
—«¡Dad limosna, hermano,
por amor de Dios!»

Entran al régio saráo,
y de allí al salon de juego,

dó se apiña enjambre ciego
con el ansia de ganar.
Y rueda en la mesa el oro
á diez fortunas bastante,
mientras la turba anhelante
ni aun se atreve á respirar.
Cada cual su carta espera,
no hay amigo para amigo,
que es todo el mundo enemigo
ante el metal corruptor:
y en tanto prosigue
en la calle el son:
—«¡Dad una limosna
por amor de Dios!»

Y la mudable fortuna,
á este sume en la pobreza,
á aquel colma de riqueza,
pero corrompe á los dos;
que no hay virtud que resista
á la codicia del oro,
¡y hay quien por corto tesoro
vende ley y patria y Dios!
¿Qué importa á la noble turba
lo que pasa por de fuera?
¿Qué importa que lastimera
suenen en la calle la voz:
—«Por piedad, señora,
caballero, vos,
dad á una infelice
por amor de Dios!»

A impulsos del hambre y frio,
el corazón en pedazos
ve la madre entre sus brazos
su hijo menor espirar:
pierde el juicio la cuitada
á tan suprema amargura,
y á la yerta criatura
se esfuerza por calentar.
Con sus harapos la cubre,
contra su seno la oprime,
y mas bien que canta, gime
sentidísima canción;
Mientras el otro niño
con trémula voz:
—«¡Dad limosna, clama,
por amor de Dios!»

«Duerme, canta la insensata,
duerme, del alma hijo mio,
que así del hambre y del frio
menos, mi bien, sufrirás:
duerme, hijo mio, hasta el alba,
que es la noche muy oscura;
duerme, que el hambre es muy dura
y es horrible el despertar;
Cuando el nuevo sol que al mundo
trae el calor y la alegría,
al pobre trae un nuevo dia
de angustias, hambre y dolor.
Y en tanto no cesa
del niño la voz:
—«¡Dad una limosna,
por amor de Dios!»

Ya despunta en el Oriente
pura la límpida aurora,
y la turba atreñadora
se retira del festin:
á la puerta se atropellan
de los nobles orgullosos,
los trenes esplendorosos
ciento á ciento y mil á mil:
Y en tanto, la pobre loca,
con torvo mirar, incierto,
les presenta el niño muerto,
cantando con ronca voz:
—«¡Vedle, entre mis brazos,
de hambre se durmió!
¡dad pan, para el niño,
por amor de Dios!»

Mil aplausos frenéticos resuenan
en el vasto salon, y á la cantora,



URRABIETA

La resurreccion.

cada cual á su gusto obedeciendo,
este un canto de guerra, aquel le pide
una amorosa cántiga, y alguno,
vate lloron, sin duda, una elegia
le pide con acento de amargura,
de un amigo en la muerte prematura;
y ella á todos complace,
y á cada cual su antojo satisface.

—Era su voz de tonos mas suaves
que el rumor que en las aguas cristalinas
del ondulante rio,
mueven las dulces auras vespertinas.
Y ni el céfiro gime sus amores,
en velada aromosa del estío
con tan blando susurro entre las flores;
ni en su cantar las trinadoras aves,
de frondosa enramada en la espesura,
en sus tonos levísimos ó graves,
igualan de aquel canto la dulzura.
Ya lento y melancólico, en el alma
despierta misteriosas armonías,
y vuelve con suavísima ternura
al agitado corazon la calma:
ya en amplias y robustas melodias,
como el himno triunfal de la victoria,
en sonoro vibrar los aires llena,
y el ánimo enagena
con brillantes imágenes de gloria,
en ella despertando el furibundo,
alto deseo de domar el mundo!
Ya en lúgubres sonidos,

sobre las cuitas y pesares llora
que cercan á los míseros nacidos,
y para ellos piedad del cielo implora,
brotando entre tristísimos gemidos...
Y el pueblo entusiasmado victoréa
á la egregia cantora,
porque su necia ociosidad recrea;
sin ver que en aquel canto
slo es cierto el dolor, sincero el llanto!

—En tanto Gruner, arrobado escucha
de aquella voz amada,
el mágico sonido seductor;
y honda, terrible, encarnizada lucha
en su alma atribulada,
se libran el deber contra el amor.
—El, de su alto decoro olvidadizo,
del nombre de sus claros ascendientes,
se dejará arrastrar del torpe hechizo
de impúdica beldad?—Su noble cuna,
su altiva situacion y su fortuna
puede olvidar: menguantes y crecientes
los dones siempre fueron del destino;
mas, ¿cómo hallar camino
al logro de sus votos anhelado,
cuando el objeto amado
es tan solo una oscura aventurera,
del vicio ya lanzada en la carrera?
—Así indeciso el capitán, fluctua,
entre el honor y su voraz deséu,
y su crüel indecision maldice:
Tal, náufrago infelice,
juguete de las iras de Neréo,
vacila entre el amigo que le implora
y la risueña playa, salvadora,



URRABIETA

VIZPLANA

Gruner.

que distinta á sus ojos, le convida
con el amor de nuevo y con la vida!

GENTILI. (Acercándose á Julieta.)
Venite mecco, signora,
á cantar v' insegneró.

EL CONCURRENTE.
Pero señorita, y yo?

GRUNER.
Os oponéis en mal hora...
dejad ir á la cuitada.

EL CONCURRENTE.
Y al capitan, ¿qué le importa?

GRUNER.
Si la lengua no reporta
le será al punto cortada.

EL CONCURRENTE.
Está bien: ahora me voy...
mas luego mi furia insana...

GRUNER.
No dejéis para mañana
lo que se puede hacer hoy.

EL CONCURRENTE.
¿Qué decis?...

GRUNER.
Que si quereis
batiros, á ello me allano.

EL CONCURRENTE.
Os beso, señor, la mano
por la merced que me haceis. (Vase.)

GENTILI (á Julieta.)
¿Accettate?

JULIETTA.
Acepto.
GRUNER (en voz baja.)
El cielo
os dé, señor, galardón.

Grazie.

JULIETTA.
Mil gracias, baron.
GRUNER (ap.)

¡Que no sepa mi desvelo!
—Y entre el guerrero austriaco y la cantora,
de pesar y de amor inmensurable,
tierna, suave, lenta, abrasadora,
se cruza una larguísima mirada:
lenguaje de las almas inefable,



Encuentro de Gruner con Julieta.

única despedida
del amado á su amada,
cuando al partirse entrambos van sin vida;
mirada que en sí encierra
cuanta dicha y amor hay en la tierra;
tesoros ¡ay! que les están negados
por el crudo rencor de adversos hados!

CUADRO SEGUNDO.

Teatro de la Fenice en Venecia. —Primera representacion de la
Lucia, en la cual hará su primera salida la signora Giu-
lietta Feronini, prima donna assoluta.

I.

Lleno está el imperial y real teatro

de la Fenice; como *ch* pronuncia
la *c*, regla que ignoran mas de cuatro,
y aun alguno que al público se anuncia
italo profesor: —como este *latro*,
entiéndase ladrón, hay en Maguncia,
en Londres, en Pekin y en todo el mundo;
pero en España hay mas, y *Lien* me fundo.

II.

Que no hay region alguna conocida,
de uno al otro confín de la ancha tierra,
donde ande la impostura tan valida
ni do se mueva á la verdad tal guerra:
hablo en lo literario, que en mi vida,
si bien en lo demás mucho se yerra,
me llevó mi afición á hacer de crítico
ni en el orden civil ni en el político.

III.

¡ Cuantos sábios alaban los periódicos
en necios y ampulosos ditirambos,
raquíticos vichuelos, espasmódicos,
en el orden mental y patizambos!
¡ Cuantos cantares hay anti-melódicos,
surcidos mal en insonoros yambos
famosos, y cuantísimos poetas
de nombre, estupidísimos trompetas!

IV.

Pero dejando á un lado digresiones,
vuelvo á tomar el hilo de mi cuento,
y juro en las futuras ocasiones
mas corto atar mi rústico talento:
—Llenos están los palcos y sillones
platéa y galerías; ni un asiento

del teatro imperial está vacío,
y murmura impaciente ya el gentío.

V.

Con sobra de razon; que es gran motivo
el *debutar* (1) de una primera *donna*;
el público que paga es algo vivo
y de Job no merece la corona:
Suele mostrarse en el aplauso esquivo,
pues de severo é imparcial blasona,
y empero, aplaude á veces mil errores
de sílfides, cantantes y escritores.

VI.

Hay para hacerle errar diez mil caminos,
y aunque parezca mucho no exajero,
que en esto son los *genios* muy ladinos
y buenos á engañar al mundo entero;
es cierto que los medios clandestinos
solo dan un renombre pasajero;
pero esto á tales vichos nada importa:
caigan duros, que el resto es cosa corta.

VII.

Y como en todo hay grados y escalones,
algunos de estos *genios* vergonzantes,
no satisfechos con ganar doblones
quieren pasar por númenes gigantes;
otros hay mas modestos ó ramplones,
que trampean por ser sus ayudantes,
y no falta en Madrid mas de un autor
á quien basta engañar á su editor.

VIII.

Pero ¡voto á mi númen! otra vez
metíme á *digredir*, vaya ese verbo
escrito con cristiana sencillez,
para ocuparte, ó crítico protervo!
Si escribiese con pura intidez,
fuérale á tu maldad no poco acerbo;
mas si en el verbo hincar quieres el diente,
sáquelo del latin y es deponente.

IX.

Pero vuelvo al teatro y es razon:
al fin la sinfonía ú obertura,
subiendo lentamente el gran telon,
empezó la famosa partitura;
y nunca oyó Venecia afinacion
tan cabal, tanto brio y tal frescura
de voz, ni vió tan fúlgido semblante,
como los de la jóven *debutante*.

X.

El público empezó luego á aplaudir,
y en esto lo mas árduo es empezar,
que no va á criticar ni á zaherir
al teatro el que empieza por pagar:
mas á poco, dejóse lento oír
un conato distinto de silvar,
y al dar Julietta en falso un *si bemol*
la silvaron en *do* y en *fa* y en *sol*.

XI.

Silva atroz, tremebunda, estrepitosa,
silva en todos los tonos y las claves,
en cuya algarabía anti-armoniosa,
notas agudas, sobreagudas, graves,
resonaban en música espantosa,
conmoviendo columnas, arquitrabes,
y los frisos y bóvedas y techos
palcos y galerías y antepechos.

XII.

Al estruendo infernal, (ya te harás cargo,
lector, si lo calculas por tí mismo);
presa Julietta de mortal letargo,
ó mas bien de tremendo parasismo,
en el suelo cayó:—nada es amargo,
ni aun los fieros tormentos del abismo,
como una silva inmerecida ó justa,
ya en humilde ocasion ó ya en augusta.

XIII.

Así como en el mundo nada es grato,
como escuchar el recio palmoteo
que el público español da tan barato
en mas de un renombrado coliseo:
y yo conozco á mas de un literato

(1) *Debutar*.—Estrenarse un autor ó cantor,
y por semejanza un orador, etc., etc. Verbo
castellano, puesto que lo usan castellanos.

estúpido, ramplon, y flaco y feo,
que al oír del aplauso la lisonja,
se inspira y embellece y aun se esponja.

XIV.

Pero esto no es del caso.—En la *Fenice*
era injusta la silva aquella noche:
obra fué de madama *Beatrice*
que gastó su dinero á troche moche
diciendo: el tolerar que aquí se *aniche* (1)
una si bella e si posente voce,
per Dio, non conviene e non mi piace
Fischiata sia, e dopo vada in pace.

XV.

Y como en este mundo, por desdicha,
hay tanto benemérito muchacho,
capaz aun de vender su eterna dicha
por dos cuartos, ó un poco de gazpacho,
ó por unas pulgadas de salchicha:
no faltó á Beatriz mas de un gabacho
que silvase á la hermosa forastera
por vileza genial ó el hambre fiera.

XVI.

Y logrado su objeto, la malvada,
como entre sus iguales es costumbre,
bajando al escenario apresurada,
do Julietta, só la alta pesadumbre,
semiviva, sin pulsos, desmayada
yacía; con amor y dulcedumbre
traidores, exclamaba: ¡La *meschina!*
mi fá pianger... peccato... ¡poverinna!

XVII.

Gentili, si bien triste, aun esperaba
reparacion de la injusticia inmensa,
y crédulo, sencillo, confiaba
en la imparcial justicia de la prensa:
¡Mas cuánto el infelice se engañaba!
—A seduccion de boisa y de despensa,
no resiste un estomago de crítico
ya sea literario ó ya político.

XVIII.

Y aquí cuadra muy bien decir, de paso,
que el que escribe estos rústicos renglones,
sabe que hay en la cumbre del Parnaso,
generosos y altivos corazones:
su número, por cierto, es bien escaso,
de la regla comun son escepciones,
pueden llamarse rara *gens in terra*;
mas mérito mayor por tanto encierra.

XIX.

Veo, caro lector que la *vis* cómica
me arrastra sin querer hácia la crítica
de la actual literatura *mómica*
ó si suena mejor, sumo-raquílica:
la tinta se me vuelve de nuez vómica,
tórnaseme la pluma *bisturtica*
y en crisis tal, colérico-linfática
la retórica olvido y la gramática.

XX.

Mas no es mia la culpa ¡voto á Cribas!
Sino de esa infinita muchedumbre
de escritores, no tal: de esos escribas,
que sin temor de Dios, dan pesadumbre
al público.—Lector, que tú, recibas,
espero, con cristiana mansedumbre
mi crítica aunque la halles incendiaria;
que es veraz, merecida, involuntaria.

XXI.

Puedes creer que el vate que suscribe,
si bien menor que Lope y Garcilaso,
aunque por mas de un editor caribe
ayuna los mas dias al traspaso,
y del arte mas bien muere que vive;
galopa á toda brida en el Pegaso,
y no abdica su noble independencia,
ni con su honor transige ó su conciencia.

XXII.

Cero y van cinco, no; van no sé cuantas
octavas, empleadas en mal hora
sacando á la vergüenza las *non sanctas*
costumbres que este siglo en sí atesora:

(1) De nicho anichar, como de nido anidar.
—Estoy en mi derecho.

Mas, oh pio lector, si no te espantas
los giros de mi pluma cortadora
al ver, y con aplauso los recibes,
me atreveré á esclamar: ¡*Plaudite cives!*

XXIII.

Mas pues me empeño en vano en proseguir
la tanto interrumpida narracion
y vuelvo sin cesar á *digredir*
por los trigos de Dios sin ton ni son;
mejor es que te vayas á dormir,
y mañana, si tienes ocasion,
el fin de este suceso puedes ver
do enseñanza hallarás si no placer.

II.

Re-anudando el hilo de mi cuento,
diré que en su despecho y amargura,
al venidero sol, desparció al viento
Julietta, en mil pedazos su escritura:
y cuando sola, con sentido acento,
lloraba su horfandad y desventura
y de la muerte viase á una cuarta,
se encontró en el bolsillo una gran carta.

Ancha, larga y robusta en proporcion,
mas parecia escrito ó memorial
sobre alguna tremenda pretension,
que una simple misiva no oficial:
roto el sello salieron el monton
de florines, papel imperial,
y además, una epístola lacónica,
ó si quieres lector, lacedemónica.

La carta, mensajera de alegría,
leida en español así decia:

«Un amigo que teneis
y del cual no os acordais,
os pide que recibais
eso, y no os avergonceis.
Anoche vió la injusticia
que el pueblo con vos usó,
cuando, á ciegas, segundó
los planes de la malicia.
Aunque el revés fué muy duro,
desesperar no es razon;
no debe un gran corazon
cejar al primer apuro.
Teneis superior talento
y un angélico semblante;
¡seguid, Julietta, adelante,
con generoso ardimiento!
Dejad luego este pais,
que en él fortuna no hareis,
y en el viage no pareis
hasta llegar á París.

Palenque vasto es aquel
donde podreis combatir
noblemente, y conseguir
el codiciado laurel;
que aunque haya malas pasiones
allí, que al fin son humanos,
tendreis tambien mas hermanos
y hallareis mas ocasiones.

Yo desde aquí velaré
sobre vos y vuestra suerte,
y constante hasta la muerte,
amigo fiel os seré.
Tened fé, que nunca es tarde
al triunfo de la razon.

—Con vos va mi corazon...
¡Adios, y que el cielo os guarde!»

Ya sabrás, agudísimo lector
quién la carta escribió que habrás leido;
sospechándolo Julia, con amor
pensó en Gruner su antiguo conocido:
y amante, presa de febril temblor,
escribió, que á escribir habia aprendido,
estas líneas al noble capitán
sin saber si á sus manos llegarán:

«Llena de noble confianza
 hoy acepto vuestro don,
 que vuelve á mi corazón
 amor y fé y esperanza.
 Hoy salgo para París
 con la primer diligencia:
 vivid en la inteligencia
 de que haré cuanto decis.
 No os hablo de gratitud;
 fuera mezquino, vulgar:—
 —¡mi pecho será un altar
 alzado á vuestra virtud!
 En ese combate rudo
 dó vá á entrar mi inesperienza,
 sereis mi Dios, mi creencia,
 mi salvaguardia, mi escudo.
 Y si me falta la fé
 en la lid dó voy á entrar,
 para creer y esperar
 vuestro nombre invocaré.
 ¡Adios, capitán, adios!
 ¡En buena ó contraria suerte,
 en la vida ó en la muerte,
 pensaré tan solo en vos!»

Y la carta cerró y la envió al correo,
 y á disponer se puso la partida,
 que eterna imaginaba su deseo,
 ya al viaje resuelta y decidida:
 vencidos el tumulto y el mareo
 que ocasiona cualquiera despedida,
 y olvidado el efimero dolor
 se entregó á los recuerdos de su amor.

Amor del corazón, amor secreto,
 puro, ardoroso, inmenso, inextinguible;
 libre de error y de carnal objeto,
 espiritual, angélico, indecible:
 no á las mudanzas ni al dolor sujeto,
 que es pasión del espíritu invisible,
 cuyos santos, benéficos latidos
 solo sienten de Dios los elegidos.

Amor nacido del amor eterno,
 perdurable como él, como él profundo,
 mas que el materno amor, sencillo y tierno,
 sentimiento no propio de este mundo:
 capaz de convertir hasta el Averno
 en Edén celestial, y tan fecundo
 en virtud, que si al Báratro bajara
 el arcángel traidor se rescatara.....

III.

RÉVERIE (1).

Y luego, vagamente,
 en confuso tropél se levantaban
 en su agitada mente,
 otros recuerdos de pasados días;
 pálidas sombras, frías,
 que como bruma al sol se coloraban
 y figuras espléndidas tomaban.—
 Imágenes de glorias y alegrías
 las unas, y pasaban á millares
 la sien ornada de fragantes flores;
 mas atrás, un cortejo de dolores
 venia, y agudísimos pesares.
 —Ya, en el puño el halcón, sobre hacanéa
 como la nieve cándida, se vía,
 en simulacro de marcial pelea,
 circundada de apuestos cazadores
 cruzar volando la floresta umbría;

(1) Réverie.—Desvario.—Delirio.—Imaginación.—Ilusión.—Fantasía.—Idea.—Pensamiento.—Meditación.—Diccionario de Taboada.—Todo esto es muy bueno; pero no equivale á réverie.

ya, dichosa, asistir le parecia
 á un banquete en los góticos salones
 de un castillo feudal:—nobles garzones
 de varonil semblante y apostura,
 y opulentos varones
 adoraban rendidos su hermosura;
 mientras la majestuosa castellana
 y su señor y esposo
 bellos aun só la melena cana,
 contemplaban su triunfo esplendoroso
 con tan gozosa faz y tan ufana,
 é interés tan dulcísimo y tan tierno,
 que cualquiera, al mirarlo, pensaria
 que aquel amor era el amor paterno.

Y luego apareció
 en el salon un jóven peregrino,
 que en penoso camino
 de las tierras del sol venido habia.

Y al son de su voz grave,
 mas dulce, empero, que el trinar del ave,
 en sus enamoradas cantilenas,
 Julietta oía de la gran jornada
 en éxtasis seráficoo arrobada,
 los azares, los goces y las penas;
 y yendo con el jóven caminante,

Ya se mira delante
 de la ciudad famosa Alejandría,
 ya deja atrás el Cairo populoso,
 Ya toca del océano arenoso
 la inmensidad vacía,
 que cortan las pirámides eternas;
 y ya al través de sus mudables olas,
 ornadas de inmortales aureolas,
 cerniéndose en los aires, ve las cumbres
 del Sinai y el Horeb; y á las vislumbres
 del sol que ya tramonta en occidente,
 el alma en santo júbilo inundada,
 ve aparecer marchita, deshojada,
 la rosa de Saron, antes fulgente,
 la reina de las reinas del oriente,
 la del profeta rey, esposa amada,
 Salém, en fin, postrada
 á los pies de su bárbaro enemigo,
 eterno ejemplo de eternal castigo!

Mas el cuadro fugaz se desvanece
 cual sueño vaporoso,
 y otro mas vivo, alegre y bullicioso,
 espléndida vision allí aparece.

Enmedio á una vastísima llanura,
 de magestuosa planta,
 un cerrado palenque se levanta,
 y hácia él se dirige con premura
 innumerable multitud; se llena
 en un punto el recinto;

y lanza en cuja y la tizona al cinto
 se agolpan en la arena
 á la estridente voz de los clarines
 apuestos y esforzados paladines.

Bajo un dosél de púrpura sentada
 Julietta es proclamada
 por reina del amor y la hermosura;
 y la apiñada multitud vocea
 porque al fin rompa la marcial pelea.

Con varonil talante y apostura
 mil bravos lidiadores,
 á tres, de aquella lid mantenedores,
 se arrojan ostentando su bravura;
 mas quedan los primeros vencedores.

—Ya el tibio sol poniente
 no baña la ancha liza, é impaciente
 el inmenso gentío
 como el lejano mar sordo murmura,
 al ver que no aparece un combatiente;
 cuando pausado, tético, sombrío,
 negra como la muerte la armadura,
 aparece un incógnito guerrero
 y va á retar al adalid primero:
 como el rayo le vence, y va al segundo
 y de un bote de lanza furibundo
 le postra, y lote igual cabe al tercero.
 Y los jueces del campo le proclaman

vencedor, y á los pies de la hermosura
 va el premio á recibir de la bravura;
 mientras que voces mil y mil clarines
 rey de los paladines
 con estusiasta estrépito le aclaman.
 Y trémula Julietta, al noble cuello
 un medallón le ciñe, suspendido
 en un fragil tejido
 hecho de su levisimo cabello.
 Y, la visera alzada,
 de nuevo vé ante sí la faz amada
 del jóven peregrino....

Mas desaparece el cuadro como vino,
 y en breve le suceden otros mil;
 uno entre todos, mágico, divino....
 —Era una noche del florido abril:

Allá, á lo lejos,
 en la ancha cañal,
 triste laméntase
 un trovador:
 y en tierna endecha
 que amor inflama,
 á la que ama
 canta su amor.

El cefirillo,
 también amante,
 benigno duélese
 del infeliz:
 y á la que es causa
 de su tormento,
 el tierno acento
 lleva sutil.

Llevados en alas
 del silfo piadoso,
 el canto amoroso
 y el son del laúd;
 llegan á Julietta
 cual blandos gemidos,
 y turban unidos
 su dulce quietud.

¡Vedla!—el cuerpo gracil
 adelante inclina,
 la voz argentina
 atenta á escuchar;
 y en tanto que escucha
 la blanda armonia;
 ya su pecho ansia
 padecer y amar.

Al casto lecho acércase,
 lánguida en él se arroja,
 que una mortal congoja
 le oprime el corazón:
 y, á su pesar, pregúntase
 la causa del quebranto....
 ¿Acaso será el canto
 suavísimo que oyó?

¿Será que el alma duélase
 de un infeliz al lloro?
 ¿Será el laud sonoro
 quien la movió tal vez?
 Mas el laud, y el lánguido
 cantar, y aquel gemido,
 ¿será dirigido
 por el cantar doncel?

«¿Qué es esto ¡ay me! que agítame?
 ¿Dó fué mi antigua calma?
 ¿Por qué atormenta el alma
 tan loco frenesí?
 ¿Por qué la angustia insólita?
 ¿Por qué tal devaneo?
 ¡Dios miol... ¿Qué deseo?...»
 —¡Oh sencillez pueril!

Te agita, virgen cándida
un afanoso anhelo,
ese mortal desvelo
nace del corazon:
nace, de que en lo íntimo
de tu alma candorosa,
hay un deseo, hermosa,
deseo abrasador.

Voz de la naturaleza
que resuena en nuestras almas,
apenas rápidos huyen
los momentos de la infancia.

Apena el umbral espléndido
se vé de la edad dorada,
en que el pecho de dolores
virgen, y penas amargas,

lleno de fé y entusiasmo
todo lo cree, todo lo ama;—
¡edad feliz de ilusiones
que tan efímera pasa!

Breve á la par que dichosa,
riquísima de esperanza,
de frío temor exenta,
presuntuosa, confiada.

¡Oh adolescencia felice,
fuente de tan puras aguas,
edad de tantos placeres
y de virtudes tan altas!

De impulsos tan generosos,
de abnegaciones tan santas,
fecunda en dicha, y tan pobre
de dolores y de lágrimas.

Tan rica en amor ardiente
como en rencores escasa
época, en fin, de la vida,
la mas bella y fortunada!...

Por tanto, Julietta, no busques
la causa de tu honda inquietud,
allá en lo profundo se encuentra
del alma la incógnita luz.

Amor es quien causa tu pena,
quien turba tu pecho es amor;
tu risa de amores dimana,
tu llanto de amor dimanó.

Porque amas la vida y el mundo,
el campo, las flores, el mar,
el cielo, la cándida luna,
la brisa y el torvo huracan.

Y el murmullo apacible del aura
que acaricia tu cuello gentil,
y el sonar de la música blando,
y el ruidoso clamor de la lid.

Y del ronco clarín el estruendo
y el bramar del sañudo aquilon,
y el cantar plañidero que entona
en los bosques el fiel ruseñor.

Y la vida del campo inocente,
y el olor del sencillo jazmin,
y el tumulto que reina estruendoso
en el regio salon del festin.

Y el lujo y los placeres refinados
que al rico ofrece la imperial ciudad,
y los goces al alma mas preciados
que en torno giran del paterno hogar.

Y la fuerza hermosura y lozanía
que el cielo concedió á la juventud,
y el esplendente sol de un claro dia,
y de la noche el lóbrego capuz.

Y gustas de llorar tal vez leyendo
las desventuras de un amante fiel,
y luego, entre tí misma, vas riendo
de esa tu candorosa sencillez.

Amas, niña, despierta, en amor sueñas
cuando el sueño tus párpados cerró,
é imágenes amor, puras, risueñas,
envia de tu lecho en derredor.

Todo lo amas, en fin; que de la vida
no conoces, ó virgen, sino el bien;
é incauta, no presumes que escondida
entre dulzuras tantas haya hiel....

Mas pára en la rauda, veloce carrera
que loco emprendiste, tenaz corredor...
¿Dó vas, insensato?—Pára, aunque no quiera
aquel que sus alas propicio te dió.

El númen celeste que cantos inspira
á tu mente ruda con oculto fin,
que alumbra tu ingenio, que temple tu lira
y dá al pecho débil la voz del clarín.

¡Modera tu arrojo, no sigas, detente!...
¿Dó ciego te lanzas? ¿Dó miras audaz?
Vé que te extravías, contén el ferviente
ardor que te impulsa... ¿Dó mísero vas?

—Resuena moribunda en lo lejano
la voz que ya denantes la agitó;
melancólico acento, sobrehumano
mas dulce que la voz del ruseñor.

Canto nacido del amor primero,
que suena con dulzura celestial,
suavísimo á la vez y lastimero
y en lo sonoro y tierno sin igual.

Y la trova de amores sentida
que escediera al cantar del querube,
en las alas del céfiro sube
y hasta el alma penetra su son:

Y la cándida virgen la escucha,
y al oírla de nuevo se inflama;
y arde el seno en vivífica llama
que hasta entonces jamás conoció.

Y vuelve á su labio el suspiro,
y torna la angustia á su pecho,
y gira en redor de su lecho,
ferrible, voraz inquietud.

Resuena á lo lejos, en tanto,
por grados mas flebil é incierta,
la trova que en ella despierta
tan nueva y espléndida luz.

Mas el Dios que trae benigno
el sueño sobre la tierra,
blando sus párpados cierra
con ternura paternal;
y plácido y vaporoso
y fantástico le envía,
un ensueño de alegría,
de pura felicidad.

Ved del rosado labio
el sonreír gracioso,
ensueño candoroso,
purísimo, infantil;
en torno juguetea,
amante la acaricia,
y en mares de delicia
sumérgela sin fin.

Transparentes, rápidos
cuadros luminosos,
alegres, dichosos.
sucédense allí;
mágicos saraos,
fragantes jardines,
danzas y festines
del mundo feliz,

Y en tanto el silfo
que los ensueños
dióla risueños;
girando en torno
del lecho blando,
va susurrando
¡amor, amor!

Y el pecho late
que amor agita;
á amar la incita
el silfo leve;
ya se le atreve,
ya temeroso
vuela distante;
mas al instante,
de amor movido,
junto al oído
de la hermosura,
blando murmura
con voz suave
sentida y grave
¡amor, amor!

Y la virgen
inocente,
en sí siente
vago ardor;
Y entre sueños
de bonanza
la esperanza
la arrulló.

Y sigue
dichosa
la hermosa
vision;
Y el silfo
prosigue
la dulce
cancion.

Blanda,
tierna
voz...

Voz que del corazon turbó la calma
y del pecho infantil turbó la paz;
voz que en el fondo resonó del alma
con mágico sonido celestial.

Voz de inmenso poder, irresistible,
ya ronca cual el túrbido aquilon,
ya tan dulce suave y apacible
cual jamás voz alguna resonó.

voz cual la del arcangel aquel dia
que en los aires tronando anuncie el fin
del duelo y el pesar y la agonía
de esta vida de errores infeliz.

Voz en fin, cuyo imperio dilatado
Abarca todo lo que alumbra el sol;
destello del Dios sumo dimanado;
amor nacido del eterno amor.

Eslabon invisible que encadena
un ser al otro ser con firme lazo,
fuente de toda dicha y toda pena,
eterno, oculto, omnipotente brazo:
por él la tierna madre se enagena
al contemplar dormido en su regazo
al fruto de su amor, de amor nacido
y con amor tan férvido querido.

El hermano por él ama al hermano,
el amigo á su amigo firme quiere;
por él ama la vida el triste anciano
que amando la pasó y amando muere.
Amor es de los mundos soberano,
la yedra al olmo por amor se adhiere,
la flor ama la flor, y el aire blando
las hojas por amor vá acariciando.

Y solo por amor la fuente clara
se vá á perder en el sonante río,
y el río sin amor no tributára
su diáfano caudal al mar bravío.
¿acaso sin amor fecundizára
nuestros campos el sol? ¿Blando rocío
sin él cayéra de las gayas flores
en el cáliz de mil y mil colores?

Por amor nada el pez, el bruto pace,
el ave se remonta al firmamento;
amor dá ser y vida á cuanto nace
en la tierra, en los mares y en el viento:
él solo eternas ó inviolables hace
las leyes de atracción y movimiento;
y de cuanto contiene el ancho mundo
es el progenitor sábio y fecundo!

¿No has tenido, lector, por tu ventura,
tales, ó mas espléndidas visiones,
acaso aspiraciones
á otra vida futura,

ó recuerdos tal vez de la primera?

—En velada feliz de primavera
nunca surcáste el zafirino lago
de Lemán (1)?—Y en sus ondas adormidas
del vespertino céfiro mecidas,
no percibió tu oído el dulce halago
de lejano, suavísimo concierto,
llegando desde el puerto
con cadencia indecisa
en las sonoras alas de la brisa?
Y tú dejando la barquilla leve
triscar segura sobre el golfo aleve,
por la sentida música arrobado,
¿no sentiste lanzarse tu memoria,
el límite salvando de tu historia,
á un campo ilimitado,
region de celestial melancolía,
de puro amor y santa poesía?
O por ligera góndola arrastrado
y al rayo de la luna
ál través de la véneta laguna,
del cuerpo no curando los enojos,
¿no viéron del espíritu los ojos
en la tiniebla oscura
de la pasada edad ó la futura,
mil cuadros indistintos
de indeciso color y forma vaga
trazando encantadores laberintos?

—Y si el rumor suave y plañidero
resbalando sutil sobre las olas,
llegaba hasta tu oído

de las enamoradas barquerolas
que canta el gondolero
atravesando el lago desde el Lido;
tu sér estremecido

de insólito placer, otros amores
no imaginó y ventura mas cumplida
que las que ofrece esta caduca vida
de lágrimas y sustos y dolores?

—¿No dormitaste acaso en las arenas
de Sahára?...—¿No viste la colina
del Parthenon, ni el mar de Salamina?

¿No inflaron las entenas
de tu nao, las brisas veleidosas
de las playas famosas

dó Gofredo apórtó con sus cruzados?
Mas allá de los mares,
¿no viste las riberas aromosas

ni los inmensos bosques seculares,
nunca de mortal huella profanados,
de la vírgen América?—Y en suma,
¿no fuiste nunca jóven? no sentiste
la llama del amor turbar tu calma,
ni á su voz despertar trémula el alma?...

—Pero tan larga digresion me abruma:
soñar, lector, es el placer del triste.
Tal vez tienen su causa tales sueños;
y aunque yo, en filosóficos empeños
soy poca cosa ó nada,
creo la ciencia de soñar fundada
en la transmigracion: yo no la afirmo;
pero, pensando en ella, me confirmo
en que no eran delirios de un demente
los que trajo Pithágoras de oriente.
Y sin género alguno de malicia
la créo de justicia,
si bien con una enmienda capital.
El filósofo griego calculaba
que de un mortal á otro transmigraba
el espíritu; y yo, mas racional
ó mas justo, decido en conclusion
que si hubo ó ha de haber transmigracion,
sea transmigracion irracional;
y así lo juzga el sabio pueblo chino,
en tales invenciones muy ladino.—

Hombre conozco y trato, que discurro
que á pesar de su fama
actúal, ha debido de ser burro
ó serlo debería en futuros dias,
castigo de su prosa ó poesías.

Y á mas de alguna dama
que en la margen del hondo precipicio
se complace del vicio,
que ha debido ser cabra; y, si no yerro,
el léal ha debido de ser perro;
los pérfidos é ingratos,
¿quién dudará que han sido ó serán gatos?
Los falsos y mudables camaleones,
los valientes leones,

y liebres los cobardes; y así en suma,
animales de piel, escama ó pluma,
cuantos actores del teatro humano
viven hoy ó han vivido,
del mas oscuro al mas enaltecido,
del tierno niño hasta el rugoso anciano.

Y si por necia dieres mi teoría,
declaro desde hoy con alegría
lector, que te perdono,
puesto que de infalible no blasono;
y aqueste mi sistema

no desarrollo en épico poema,
ni en hinchado, académico discurso,
sino en humilde rima, proceder
que no siguió el famoso Lavatér,
al suyo dando diferente curso.
Lavatér, ya sabrás que fué inventor
de una teoría análoga ó peor,
mas distinta en su objeto á aquesta mia;
sobre la natural fisonomía
fundando las pasiones,
los vicios y virtudes,

inclinacion, talentos y aptitudes
de claros ú oscurisimos varones.

Y en esto no hay razon, y si empezara
á amontonar ejemplos no acabara;
mas baste citar uno, ó mas de uno,
siquiera no lo encuentres oportuno.

Hay, y vive por cierto, en Aragon,
un sastrer muy ramplon,
que si no mienten los diez mil retratos,
cual se parecen entre sí dos gatos,
recuerda al inmortal Napoleon:—
un zapatero de portal, muy sucio,
un español caribe,

que muy cerca de aquí muriendo vive,
es el vivo retrato del Confucio;
pero hacinar ejemplos no es del caso,
y el cuento interrumpido á seguir paso.

CUADRO TERCERO.

EN PARÍS.

I.

En tanto, ya en las márgenes del Sena
Julietta valerosa combatía
por el premio mayor, en la árdua arena
que presiden en plácida armonía,
juntas brillando en majestad serena
Terpsícore, Melpómene y Thalia;
y el pecho jóven, de esperanza henchido,
corría tras un bien desconocido.

Un bien... ¿Y qué es el bien? Imágen vana
que el mas ligero soplo desvanece;
engañoso cambiante con que ufana
la flor á nuestros ojos aparece,
cuando el dorado sol de la mañana
reflejando en su cáliz la embellece,
y luego á nuestra vista se evapora
tan rápido y fugaz como la aurora.

Ligera bruma que la vista alcanza
en lejano confin del horizonte,
y de formas reviste la esperanza
de playa hospitalaria ó de alto monte:
faro de salvacion que en lontananza
aparezca tal vez al que remonte
en deleznable barca el mar bravío
para hacer su dolor aun mas impío.

¡El bien! ¡el bien!—Fantástica figura,
tras la cual los humanos noche y dia
corren sin descansar en su locura,
y ella siempre á su paso se desvia.
Punto hácia el cual se lanza en derechura
el corazon, que dulce paz ansia,
y cuando va á alcanzarle, de él se aleja
y triste y solo en su dolor le deja.

Como el hierro al imán corre impelido
por fuerza irresistible que le atrae;
como el cuerpo de lo alto desprendido
hácia el centro comun rápido cae:
el hombre en pos del bien, enardecido
en alas del engaño que le trae,
sin detenerse un punto, corre, vuela,
que al término llegar tan solo anhela.

Y al tocar á la meta desçada
halla que fué ilusion de los sentidos;
y veloz la carrera comenzada
prosigue entre su llanto y sus gemidos.
Y una vez y otra vez llega, y burlada
ve su esperanza aun, y los latidos
del corazon reprime, y vuela ansioso,
y nunca llega al término engañoso.

¡Oh!—¡Dichoso mil veces el infante
á quien la muerte sorprendió en la cuna!
¡mil veces fortunado aquel instante
en que libró se ve de la fortuna!

—¿Qué es la vida?—Ancho piélagos

(inconstante,

que en calma, placidísima laguna
aparece un momento, y luego ruje
y todo arrolla en su terrible empuje.

Aridísimo campo, solitario,
donde para una flor hay mil abrojos;
desierto, dó un asilo hospitalario
en vano buscan los cansados ojos:
mansion del vicio y del error nefario,
pobre en placer, riquísima en enojos,
vertiginoso caos, noche oscura,
que el hombre llamó bien en su locura.

Fenix es el dolor, que se renueva
de sus propias cenizas, y tomando
á cada nuevo instante forma nueva
va el corazon impío lacerando:

(1) Vulgarmente llamado de Ginebra.

vapor es el placer que apaga y lleva
del aura mas ligero el soplo blando,
y queda al que le habia poseido
el amargo dolor del bien perdido!

¡Amor!... ¿y qué es amor?...

¿Y qué la gloria es?—Mentida sombra
tras la cual se despeñan los humanos;
cosa solo real cuando se nombra,
pues su entidad consiste en sonos vanos:
los héroes cuya vida nos asombra,
los nobles y valientes ciudadanos,
los sublimes artistas, los poetas,
¿qué fueron y qué son?—¡Falsos profetas!

La gloria es Napoleon, Carlos el Quinto,
César, Pompeyo, Curcio y Alejandro,
Teséo en el cretense laberinto,
Aquiles, cabe el plácido Escamandro,
David, en el famoso Terebinto,
Ero en el mar de Abydos y Leandro,
Nelson en Trafalgar y allá en Pavía
y Lepanto, la hispana monarquía.

Y es tambien aquel Bruto parricida,
y el otro Bruto y el caribe Mario;
Lucrecia, la liviana, pretendida
casta matrona, Sila el sanguinario;
Ravaillac, el furioso regicida,
el demente Dracon, patibulario,
Robespierre, Marat, y aquel sargento
García, de fatal recordamiento.

Y es Homero, el Ticiano, Galileo,
Murillo, Rafael y Victor Hugo;
en tiempo muy remoto el pueblo hébreo,
Tito, luego, imponiéndole su yugo;
mas ya con tanto nombre me mareo:
—La gloria es todo lo que hacerle plugo
famoso, y en su vario, raudo giro,
en la plaza de toros es *Paquiro* (1).

Y todos á los cuernos de la luna
pensamos remontarnos, si logramos
de ser aquí famosos la fortuna,
por la cual día y noche suspiramos:
Y no es fácil: la senda solo es una,
y tantos á la vez nos golpamos,
que el número mayor atrás volvemos
mancos, y sin el bien que apetece.

Defecto muy atroz es el ser manco;
mas recuerdo ahora dos que á la alta cumbre
llegaron; dió el primero solo un tranco
y del viaje evitó la pesadumbre:
Aunque el saber no es cosa que en estanco
en España se venda, y ya su lumbre
esté tan difundida, lector, quiero
decirte que fué Scévola el primero.

El segundo nombrarte, ya sería
un atrevido hacerte, grave insulto,
que goza de muy alta nombradía
y á tus ojos no puede estar oculto:
Tu amor propio, lector, se ofendería
si te enseñase cosas de tal bulto,
y en fin, ¿quiéreslo ver?—Pues se halla preso
en la famosa plaza del Congreso (2).

(1) Paquiro ó Paquilo, Francisco Montes el
Napoleon de los toreros.—Tendrá su Waterloo.
(2) La estatua de Corvates está en la plaza
asi denominada.

Pero vuelvo á tratar de mi heroína,
ó público, y te ruego que perdones
el vértigo constante que me inclina
á perderme en difusas digresiones:
Voy el cuento á seguir aina, aina,
y por si el torvo gesto no depones,
membrarte hé aquel refran: *Genio y figura,*
Etcétera...—Talento y hermosura.

Prendas celestes son, tan victoriosas
en el palenque de la humana lidia,
que á la fin se les rinden vergonzosas
la ceguedad, la ingratitud y envidia:
Julietta poseía entrambas cosas,
hasta un extremo tal, que aun la perfidia
de sus rivales, torpe, encarnizada,
hubo de confesarse derrotada.

Y empezó á recoger amplia cosecha
á la par que de artísticos laureles,
de excelentes escudos, y desecha
lluvia de preciadísimo joyeles:
Y ansiando por abrir en su alma brecha
al fuego del amor, sendos donceles
se agolpaban, y jóvenes y ancianos,
castaños, rubios, pelinegros, canos.

Por docenas, famosos periodistas
y poetas de nombre á centenares;
banqueros, diplomáticos, artistas,
médicos, abogados, militares:
Cuákeros, puritanos, metodistas,
católicos romanos á millares,
españoles, ingleses y cosacos,
galos, ítalos, suecos y polacos.

Julietta á todos plácida escuchaba,
y del amor de todos se reía,
y la pasion de todos despreciaba,
pues su genial vileza conocía:
Cada cual entretanto se alababa
del triunfo de su amor: tal cobardia
es hoy harto comun, lector benigno,
de ello soy testimonio fide-digno.

Leal Julietta á aquel amor primero,
en su seno purísimo nacido,
(sentimiento mas fino y verdadero
cuanto mas ignorado y escondido:)
dentro del corazon, con gran esmero
y mas y mas ardiente y encendido
su fuego fecundísimo encerraba,
y á la amistad tan solo culto daba.

Dos amigos tenia: gran fortuna
en un siglo en que son cosa tan rara,
que es mas facil tal vez ir á la luna
que uno solo contar: vuelve la cara,
benévolo lector, aunque importuna
juzgues mi peticion:—si taato osara
mi amistad, preguntárate severa:
¿Hásllo sido, ó tuviste uno siquiera?

Pero esto no es del caso:—Dos tenia
Julietta, y con su afecto gran ventura:—
I a una muger: llamábase Maria,
prodigio de talento y hermosura,
y apurado tambien un tiempo habia
el caliz del dolor y la amargura.
El otro amigo tierno y fiel, era hombre
y joven y alemán: Kramer su nombre.

Entre estos dos amigos, sus deberes
artísticos, alguna obra piadosa
y acaso los domésticos quehaceres,
dividia su tiempo nuestra hermosa:
Alguna vez volaba á los placeres
del mundo; mas no hallábase dichosa
jamás, que de continuo la aquejaba
el recuerdo tenaz del que adoraba.

Y un vago, confusísimo deseo
de otra felicidad desconocida
que acallar no podía en el maréo
de su agitada y afanosa vida:
y á par del fabuloso Promethéo,
sentia renacer á cada herida
nueva, su corazon, á nuevo llanto
y á mas terrible y roedor quebranto.

—Pero es justo decir al que leyere
algo sobre los nuevos personajes,
pudiéndolo saltar el que quisiere
sin iracundos gestos ni visages:
Venga pues, ó lector, lo que viniere,
me decido á contarte sin ambages
lo que supe de Kramer y Maria;
es el uso comun: no culpa mia.

MARIA.—KRAMER.

II.

Era Maria, alemana,
hija de honrada familia,
sino en fortuna opulenta
en virtud y honor muy rica.

De tres jóvenes hermosas,
de su madre amor y dicha,
era ella la mas amada,
la mas jóven, la mas linda.

Y aunque traspasaba apenas
el umbral de la puericia,
rendidos adoradores
culto y amor la ofrecian.

Empero, ella solo ansiaba
las maternales caricias,
y á los amantes requiebros
con desden correspondia.

Y en domésticas labores
y distracciones sencillas,
los breves dias pasaba
de su candorosa vida.

Por entonces, de Inglaterra
donde feliz residia,
llegó un pariente cercano
de su madre, por desdicha.

Recibiéronle amorosas
la madre como las hijas,
no sabiendo que albergaban
con él su eterna mancilla.

Aún jóven, apuesto, astuto,
ocultando su perfidia,
de la virtud mas austera
so la máscara mentida;

no tardó en hacerse dueño
del amor de la familia
y hasta, (fuerza es confesarlo)
del corazon de Maria.

Poco á poco, con arteras
palabras, y mil caricias
que el parentesco cercano
disculpaba y permitia,

Fué minando la entereza
de la candorosa niña,
que al fin entrególe, incauta,
la joya de amor mas rica.

Algún tiempo fué un arcano
aquella amistad ilícita,
aun de la madre á los ojos,
¡tan confída vivia!

Mas quiso en fin poner término
la Providencia divina,
á las traiciones y engaños
de la ponzoñosa vivora.

—De la Academia famosa
de Leipzig, donde seguía
los estudios del derecho
con gran fama y merecida.

Llegó á pasar á aquel punto
de vacaciones los días,
Jorge Kramer, en el seno
de la patria y la familia.

Eran amigos sus padres
de la madre de María,
la cual con él gozó un tiempo
los juegos de la puericia.

Volverla á ver, adorarla,
y de su pasión activa
hablarla fué obra de un punto;
que en el albor de la vida,

Maravilla es la prudencia
y la reserva inaudita:
edad, al fin, presuntuosa
porque en su fuerza confía.

María oyó avergonzada
y algun tanto conmovida,
las calorosas protestas
de aquel amor de otros días;

Mas rechazólas constante
si bien tierna y compasiva;
que la santa y pura llama
de la pasión comprendía.

En tanto, el traidor pariente
viendo su culpable dicha
en riesgo, dobló los lazos
que ataban á la mezquina;

Y aunque con gran disimulo
al nuevo amor se oponía,
no conociendo que al choque
de dos fuerzas tan distintas

por ocultas y embotadas
y por inertes y frias
que estén, al fin se desprende
un pedazo ó una chispa.

Adivinó el fiel amante
la mano desconocida,
que insuperable barrera
á su noble ardor ponía;

Y en su rival suponiendo
dañada intención, inicua,
pues ocultaba un afecto
que envanecerlo debía,

Tomó el camino mas corto
con resolución altiva,
pidiendo á la honrada viuda
la mano de su querida.

Pero con suma estrañeza
de la madre, que aplaudía
tal amor, al ruego sorda
hallóla, al mandato esquiva;

Y hostigándola amorosa
con instancias repetidas,
entre lúgubres sollozos
en entrecortadas sílabas,

confesó la triste jóven
de vergüenza semiviva,
á su atribulada madre
su amor á un tiempo y su ruina.

Pidió la triste al menguado
con quejas encarecidas
que á su sangre devolviese
la honra que robado había:

Este al principio, disculpas
dió y razones evasivas
y acabó por fin negando
la hidalga fé prometida.

La madre á dolor tan crudo,
á tan inmensa agonía,
olvidada la prudencia,
la razón casi perdida,

Fió á Kramer su deshonra,
el cual, con frente tranquila,
si bien fluctuando el alma
en el volcan de las iras.

Cual padre volver juróle
por el honor de su hija,
y con sentidas palabras
despidióse hasta otro día.

III.

EL DUELO.

Doce lentas campanadas
turban la calma profunda
de la ciudad, que en el manto
de las tinieblas se oculta;

Cuando dos calladas sombras
cuyos contornos dibuja
de algun casual reverbero
la claridad moribunda:

Por las silenciosas calles
vuelan mas bien que circulan,
pareciendo del abismo
apariciones nocturnas.

Divide breve distancia
las temerosas figuras,
que al marchar no se dirigen
señal ni frase ninguna.

Vése empero, que es la misma
la fuerza que las impulsa
y á un mismo punto las lanza
con irresistible furia.

Y como van en las sombras
con mas que humana premura,
trasgos parecen que marchan
á un aquelarre de brujas.

Mas si alguno las siguiera
prestando atención menuda,
el desigual movimiento
de sus plantas inseguras,

El anhélito afanoso
que en sus gargantas se anuda,
y alguna que otra blasfemia
que braman mas que pronuncian;

le hicieran ver que son hombres
las pavorosas figuras
que de la noche callada
el hondo silencio turban.

Ya el extremo entrambos pisan
del pueblo, y en la llanura
cercana, entrambos se pierden
entre la vasta penumbra,

Y distantes ya, el primero
que en cumplida capa oscura,
de su rostro las facciones
recata mas bien que oculta,

Vuelto al otro, así le dice
con ronca voz, mas segura,
dejándole al mismo tiempo
ver dos espadas desnudas:

—Ya sabreis á qué venisteis
SEGUNDO.

Espero á que lo digáis.

PRIMERO.

Está bien:—¿Cumplir pensais
lo que á María ofrecisteis?

SEGUNDO.

Decidme antes, qué derecho
á preguntarme os asiste....

PRIMERO.

¿Para proteger al triste,
no basta un hidalgo pecho?

SEGUNDO.

¿Quién os mete en tal cuestion?
No tengo que daros cuenta
del honor de mi parienta.

PRIMERO.

Esa no es una razón....

SEGUNDO.

No doy otra....

PRIMERO.

¡Por mi vida,
ó jurais cambiar su suerte,
ú os dá mi espada aquí muerte!

SEGUNDO.

¡La espada entre ambos decida!

PRIMERO.

En mi favor está todo:
meditadlo bien, señor.

SEGUNDO.

A devolverle el honor,
no hallo ningun acomodo.
Batámonos luego, luego...

PRIMERO.

Pensadlo antes....

SEGUNDO.

Lo he pensado....
A otra promesa ligado
estoy....

PRIMERO.

¿Y pudisteis ciego
abusar?—Romped, señor,
puesto que obligado estais,
un lazo....

SEGUNDO.

En vano os cansais....
¡Acabemos, por favor!

PRIMERO. (*Presentándole las espadas.*)

Puesto que es fuerza, escoged.

SEGUNDO.

Una cualquiera: es igual.

PRIMERO.

Ved que el combate es mortal.

SEGUNDO.

Séa así: en guardia os poned.

PRIMERO.

Pensad que uno de los dos
en el lance ha de morir....

SEGUNDO.

¿A qué tanto discurrir?

PRIMERO.

¡Qué decida entre ambos Dios!

Como el rayo se abalanzan
con tal presteza y tal furia
uno contra otro, que luego
hasta los pomos se cruzan

las espadas; retroceden
y embisten por vez segunda;
tornan de nuevo á enlazarse
las armas, y tan confusas

en la lid encarnizada
se ven las hojas agudas,
tan á menudo se chocan
ya de filo, ya de punta;

que mas que espadas, parecen
dos serpientes que se buscan
y se enroscan y se oprimen
en desesperada lucha.

Empero, los dos contrarios
no se retan ni se injurian,
y solo el violento choque
de los aceros se escucha.

Y mas hirviendo la sangre,
y las manos mas convulsas,
ya en parar no se detienen
y tan solo herir procuran.

Roto ya por varias partes
el pecho, de sangre inunda
uno de los combatientes
el césped de la llanura;

mientras mas pujante el otro,
le acosa con nueva furia,
y al fin en tierra le postra
de una cuarta furibunda.

Cae sin lanzar un gemido
el mísero, y con premura
el vencedor, á él se acerca
y piadoso le pregunta,

si algun encargo postrero
tiene que hacerle; mas muda
la voz, mas se acerca, y mira
la faz del triste difunta.

Dobla entonces la rodilla,
y altas las manos y juntas,
por él invoca del cielo
la misericordia suma.



El trovador.

Y el crudo acero envainando,
va con planta resoluta
hacia el pueblo, entre las sombras
de las tinieblas profundas.

IV.

REPARACION.

Apena el noble mancebo
noticia dió á la matrona
del funesto resultado
de aquella accion generosa:

marchó á su casa, corriendo,
y á sus padres con voz ronca,
dió cuenta clara y precisa
de la tremebunda historia.

Y la bendicion paterna
tomando, y algunas joyas
y algunos cientos de escudos,
cosas en viage forzosas;

En un fogoso caballo,
salvando valles y lomas,
marchó á galope tendido
antes de asomar la aurora.

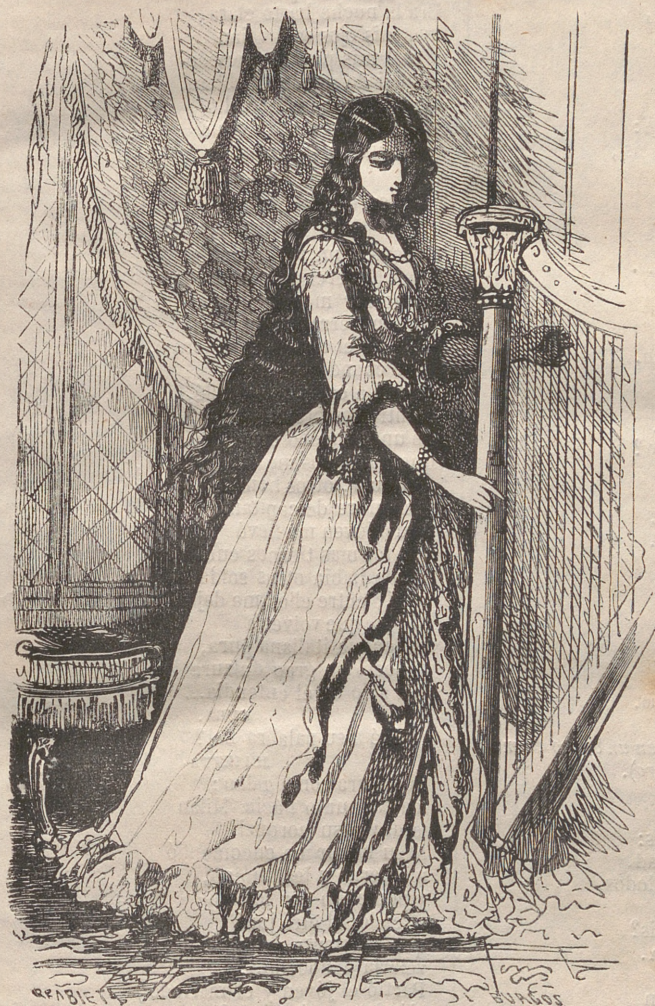
Dejémosle en la carrera
proseguir, y á la llorosa,
á la atribulada niña
volvamos la vista ahora.

En el regazo materno
oculta la faz hermosa,
pasa días y semanas
sollozando hora tras hora:

Y un mes á otro mes sucede,
y no amenguan sus congojas;
que es dolor crudo, incurable,
el dolor de la deshonra.

Mas, diez meses transcurridos
desde la noche horrorosa
en que cruda muerte Kramer
dió al robador de su honra:

Fecha en París una carta
no esperada y misteriosa
recibió: —en el sobre-escrito
ve letra que á la memoria



Le recuerda de otros días
la inocencia venturosa;
y ambas las manos convulsas,
las mejillas ambas rojas,

De emoción, rompió la nena,
y al ver sus conceptos, ronca
lanzó exclamación del pecho,
de júbilo casi loca.

Acudió la madre al grito
asustada y temblorosa,
y al ver una carta abierta
en el suelo, recogióla.

Y con voz entrecortada,
pues grato el llanto la ahoga,
leyó entre tiernos suspiros
estas frases amorosas:

«Maíra, mi tierno amor
esta ausencia ha acrecentado;
soy sin vos muy desgraciado,
vivo presa del dolor.
Si no sentís repugnancia
esta carta al recibir,
avisadme, y á vivir

vendremos juntos á Francia.
Y en los brazos de un esposo,
dige mal, de un tierno amante,
vuestro pecho palpitante
hallará dicha y reposo.
Soy pobre: por vos lo siento:
mas trabajaré por dos,
y con la ayuda de Dios
no nos faltará el sustento.
Contestadme sin demora,
con franqueza y laelad:
de vos su felicidad
solo espera el que os adora.»

Lo que siguió, lector, ya lo supones,
y contártelo aquí no he menester;
mas grato te será que confectiones
el fin de este episodio á tu placer:
Existen además mil relaciones
que no se deben al discreto hacer,
pues cada cual según su fantasía
siente el dolor humano y la alegría.



CUADRO CUARTO.

Una sacristía como cualquiera otra:—un sacerdote como hay pocos:—una muger como hay muchas.

EL CURA. — JULIETTA.

(*Julieta con el velo echado, da el brazo al anciano sacerdote.*)

CURA.

En vano queréis negar:
yo mismo os lo ví poner ..
¡Sois un ángel!

JULIETTA.

Soy muger,
y supe lo que es llorar.

CURA.

Un día, ciento hallaréis
por cada uno que ahora dais;
cosechareis pues sembráis.

JULIETTA.

Muy mal mi acción entendeis.
Si al pobre limosna doy,
no lo hago con la esperanza
de futura bienandanza,
sino porque rica soy.
No es de un dogma verdadero
doctrina tal:—el que piensa
en futura recompensa,
á usura da su dinero.

CURA.

Esto el Evangelio dice;
Es la palabra de Dios.

JULIETTA.

¿Creéis, padre, en ella vos?

CURA.

Haréis que me escandalice.
¿Quién sois?— Venís encubierta...
¿sois vos la que ese oro dais?

JULIETTA.

¿Por qué me lo preguntáis
si ya os lo dije á la puerta?

CURA.

Porque... perdonad, señora...
pero sin fé no hay amor.

JULIETTA.

Estáis padre en un error.

CURA.

(*Ap.*) Esa voz encantadora...
(*Alto.*) Quisiera el rostro mirar
de tan singular muger...
Creo la voz conocer...

JULIETTA.

Nunca me oísteis hablar.
Vedme. (*Descubriéndose.*)

CURA.

¡O Dios! La Filomena,
la reina de la armonía!

JULIETTA.

¿Dó me habeis visto?

CURA.

¡A fé mia!

¡En vuestro trono, en la escena!

JULIETTA.

¿Al teatro váis?

CURA.

¿Por qué nó?

Vuestro renombre escuché,
fui allá y en vos admiré
al que tan bella os creó.
¿Cómo podeis no creer
en una causa inmortal,
cuando en génio sin rival
sentís vuestra mente arder?
¿La voz del entendimiento
no escucha vuestra razón?
¿No habla á vuestro corazón
el grito del sentimiento?
¿Creeréis el barro capaz
de pensar y de sentir,
de gozar y de sufrir?...

JULIETTA.

Direis que soy pertinaz.
¿Existe una Providencia
y á cada paso ¡qué horror!
miro triunfante al traidor,
perseguida la inocencia?
¡Alabanzas á los vicios,
lauros se dan y tesoros;
y al justo, duelos y lloros
y miserias y suplicios!
Prefiero, pues, sin dudar,
no creer, señor, en nada,
que mirarme condenada
á todo un Dios acusar.

CURA.

Vuestro orgullo es inaudito:
¿Cuándo á vos no os conoceis,
á juzgar os atrevis,
al Criador de lo infinito?
—¿Qué edad teneis?

JULIETTA.

No lo sé...

CURA.

¿Sois francesa?

JULIETTA.

Creo que no.

CURA.

¿Teneis madre?

JULIETTA.

¿Qué se yo?

CURA.

¿Hablais de veras?

JULIETTA.

Sí a fé.

CURA.

Ha de ser estraña historia
la vuestra: si repetir
quisiérais...

JULIETTA.

Voy á decir

lo que guarda mi memoria.

CURA.

Sentémonos. (*Se sientan en un banco de ma-
dera junto á un brasero.*)

Colocad

vuestros delicados pies
junto al fuego: así; eso es:
muy nociva es la humedad.
¿Cómo á pie, con tantos lodos,
á la calle os arrojais,
cuando tanto al pobre dais?

JULIETTA.

Soy conocida de todos.
En coche todos me vieran
y mal quizá interpretarán...

CURA.

¿Qué temeis? ¿que os imitaran?

JULIETTA.

No tal: que me escarnecieran.
Mas he ofrecido contaros
mi vida: á cumplirlo voy.

CURA.

¡Alégrome, por quien soy!

JULIETTA.

Sintiera, señor, cansaros.

CURA.

No lo temais.

JULIETTA.

De mi vida

el principio, es un arcano
que me esforzé hasta hoy en vano
por penetrar... Escondida
mi infancia está á mi memoria;
ni padres he conocido
ni donde nací he sabido...

CURA.

De un ángel es vuestra historia.
Proseguid.

JULIETTA.

Por mas estraños
que os parezcan mis asertos
tenedlos señor, por ciertos...

CURA.

Os escucho...

JULIETTA.

Hará seis años,
que una noche, era en abril,
cual de letargo profundo,
desperté al vivir del mundo
en solitario pensil.
Recuerdo que al despertar
escuché una voz divina
que dijo: « ¡Alzate y camina! »
—Despertéme y eché á andar.
Era la noche harto clara,
mas mis ojos mal veían
y mal mis pies me servían
cual si de miedo temblara.
Luego ví una claridad
como de gran población
y trémulo el corazón...

CURA.

¿Era en efecto ciudad?

JULIETTA...

Verona... un ronco estampido
que allí cerca retumbó,
de horror me sobrecogió,
y dí en tierra sin sentido.
—No sé el tiempo que dormí,
pero cuando desperté,
sé que á caballo me hallé,
y entre los brazos me ví,
de un mancebo muy galán,
que amorosos me estrechaban,
y al cual, otros hombres daban
el nombre de capitán.
Aquel jóven me llevó
con los mas tiernos cuidados
donde habia otros soldados,
y allí, entre ellos me dejó.
Díjome que volvería
en lengua italiana pura,
dialecto de gran dulzura
que solo de él entendía...

CURA.

¿Y fué á su palabra fiel?

JULIETTA.

Noble era como galán;
mas al punto hácia Milan
le envió su coronel.
A su honor me encomendó
mi tierno y leal amigo,
y poniendo por testigo
al cielo, el otro juró
que constante en mi defensa
velaría denodado...
Partió el jóven y el malvado,
viéndome sola, indefensa,
á su arbitrio, empezó á hablar
de cosas desconocidas,
que, aunque por mí no entendidas,
me hacian avergonzar.
¿Qué mas os diré?—Mirando
que al fuego con que me hablaba
ninguna respuesta daba,
me dejó sola, jurando.
No sé despues que pasó:
un vaso de agua bebí
y sin querer me dormí...

CURA.

¿Y en vuestro sueño abusó?

JULIETTA.

Lo que allí pasó no sé;
pero sentí al despertar,
un dolor, un mal estar
que jamás olvidaré.
Volvió el perverso al instante,
y con mayor osadía
y una crúel alegría
rebotando en el semblante,
á mí se acercó:—lo que era
antes un odio instintivo,
en rencor profundo, vivo,
entonces se convirtiera.
Rechacéle con furor,
y él, viendo mi resistencia,
me arrojó de su presencia.

CURA.
¡Cobarde como traidor!
JULIETTA.
Ahora perdonadme, padre,
esta narracion prolija,

CURA.
Habladme, como una hija
habla á su amorosa madre.

JULIETTA.
Desde aquel dia hasta hoy,
la miseria en que viví,
los males que padecí
antes de ser lo que soy:
aunque bien los recordára
y contároslos quisiera,
padre mio, no pudiera,
porque jamás acabára.

CURA.
¿Y vuestro buen protector,
el bizarro capitán?

JULIETTA.
Cuando volvió de Milan,
y acaso por el traidor,
siempre evitó mi presencia;
aunque noble y dadivoso,
mas de una vez generoso
alivio dió á mi indignacion.

CURA.
¿No sabeis de él?

JULIETTA.
Presto hará
tres años que le entreví
en Venecia... ¡ay! ¡le perdí!
(con amargura.)

CURA.
El cielo os le volverá.

JULIETTA.
Ya sabeis que yo no espero.

CURA.
Para esperar es forzoso
creer en un Dios piadoso,
clemente si justiciero.
—Os he oido en confesion.

JULIETTA.
¿En confesion? ¡Qué locura!

CURA.
¿Miente jamás por ventura
quien tiene tal corazon?

JULIETTA.
Os he dicho la verdad;
mas no me confesé á vos.

CURA.
Os confesásteis con Dios,
fuente de eterna piedad.
La confesion instituida
en el Evangelio santo,
consuelo al mayor quebranto,
del alma salud y vida:
cátedra de humana ciencia
no es, ni austero tribunal;
es el pan espiritual
en manos de la experiencia.
Un padre es el confesor,
que con su ejemplo y doctrina,
alecciona y encamina
al contrito pecador.
Siervo tambien del pecado,
si absuelve, es de Dios en nombre;
hombre, llora con el hombre,
culpado, abraza al culpado.
Tal es la eterna verdad,
y si hay abusos impíos,
son errores y extravíos
de la humana vanidad.

JULIETTA.
Si alguien pudiera obtener
que variase de opinion,
fuera, padre, vuestra uncion.

CURA.
Dudar es casi creer:
no desespere de vos.
Cuando luzcan á vuestra alma
de amor la dicha y la calma
me direis: ¡Creo, amo á Dios!

JULIETTA.
¡Ay! ¡son cosas imposibles!

CURA.
No hay imposibles al Ser
que crió la luz con querer.....

JULIETTA.
Empero, hay cosas horribles
en la fé que profesais:
penitencias repugnantes,
espantosas, humillantes...

CURA.
Hija mia, os engañais.—
Nuestra santa religion
no admite como prescritas,
penitencias inauditas,
partos de la exaltacion.
Aquesas maceraciones

que espantan á algunos fieles,
son de espíritus crüeles,
cuyas violentas pasiones
hasta en el recto camino
confundian y extraviaban;
y sin querer calumniaban
á su fundador divino.
La fé, cuyo fundamento
principal, es el amor,
nunca pudo, sin error,
preceptuar ningun tormento.

«AMAR PARA SER AMADO,» (1)
es la base principal,
la piedra fundamental
de toda fé y todo Estado.

Fuera de ella no hay virtud,
no cabe estabilidad;
que donde no hay caridad,
no hay justicia ni salud!
—Pero, os fatigo, tal vez....

JULIETTA.
No, padre; me consolais
aunque no me convenzais....

CURA.
No podeis ser parte y juez.

JULIETTA.
Si á vuestra voz no sujeto
mi razon, hoy conturbada,
parto, por vos penetrada
de cariño y de respeto.
Adios padre, hasta otro dia.

CURA.
A él pido en mi corazon
con fervorosa oracion
que os vuelva paz y alegría.
Escuchadme: soy ya viejo:
tal vez no tarde en morir;
pero os voy á repetir
como esperanza y consejo:
Que el dia que á un hombre honrado
honrado amor inspireis,
y el respeto que teneis
á este viejo abandonado,
amareis, creereis en Dios!

JULIETTA.
¿Hasta entonces, padre mio!

CURA.
Idos, que el tiempo está frio....
¡Adios, hija mia!

JULIETTA.
¡Adios!
(Julietta besa la mano del sacerdote, el cual
la bendice.—Vuelve el rostro la jóven al salir,
y ve al anciano arrodillado, orando con
fervor á los pies de un Crucifijo.)

(1) Si eis amari ama, es en nuestro entender
la base de toda asociacion civil ó religiosa.

PARTE SEGUNDA.

CUADRO PRIMERO.

TRES AÑOS DESPUES.

Teatro de los Italianos en Paris.

I.

¡Cuánto al cansado espíritu
y al corazon humano,
cruzar es grato el piélagos
del tiempo ya lejano,
y en el hogar antiguo
con el ausente amigo,
membrar en dulce plática
la dicha que pasó!
¡Y descuidando el vórtice
de la presente vida,
las ya dobladas páginas
de la vital corrida
pasar una por una,
desde la tierna cuna
hasta el aciago término
que el cielo al goce dió!

¡Aquel espacio efimero
de la feliz infancia,
edad de amor angélico,
de púdica ignorancia;
edad, en cuya historia
la rápida memoria,
va revolando aligera
de la una á la otra flor!
¡Edad, cuyas imágenes
en la region sombría
de lo pasado, atónita
la ardiente fantasía
contempla, libres, puras,
sus blancas vestiduras,
del indeleble estigmata
del crimen ó el dolor!

Mas, ¡cuánto melancólicos
al propio tiempo y graves
son los recuerdos vívidos
de júbilos sùaves,
y célicos amores
del alma bienhechores,
cuando se toca el límite
de la proyectada edad!
¡Aquellos rayos súlgidos
de rutilantes soles,
ora reflejos pálicos
y leves arreboles
del ástro son, luciente,
que ya en el occidente
tragó la impia vorágine
de la honda eternidad!

¡Y en el exámen rápido
de la pasada historia,
á cada paso, fúnebre
despierta una memoria:
y el alma lacerada,
marchita, deshojada
ve la corona espléndida
que fué su juventud!
¡Aquí, la sombra pálida
de una muger querida;
allí, el recuerdo lúgubre
de una ilusion perdida;
aquí, el amigo anciano,
allá el amado hermano,
despojos ¡ay! inmemoros
del lóbrego atahud!

¡Y el hombre adora fervido
la triste vida humana,
do es el dolor tan ímprobo,
la dicha tan liviana!
¡Y conquistar ansia

eterna nombradía,
subiendo á la alta cúspide
de que cayó tal vez!
¡Caído Dios, el réprobo
por recobrar su altura
se esfuerza en la caligine
de la materia impura;
y al Campo de la ciencia
tocando su impotencia,
riega de amargas lágrimas
su mísera altivez!

Y, ¿dónde el pecho indómito
que á tales desengaños,
quiera alargar el número
de sus terrestres años?
¡El alma, dónde, fuerte,
ludibrio de la suerte,
que al fin no ceda exánime
en la tremenda lid?
¡Ay de los tristes huérfanos
á padecer nacidos!
¡Ay de los nobles ánimos,
arcángeles caídos,
que en omimosa guerra
se arrastran en la tierra,
con la esperanza única
de alguna vez morir!

II.

EL TRIUNFO.

Pero ¿á dó me arrebatas pensamiento?
¿Es hora de tan tristes reflexiones
cuando de proseguir se trata el cuento?
Te ruego, buen lector, que me perdones,
y harás muy bien, que al fin no es culpa mía
si mi vida se arrastra en la agonía.

No me debes culpar si el cuento olvido
y en llorar mis desdichas me entretengo;
bálsamo es el llorar del afligido.
—Y qué han de dar, por mas que lo prevengo,
si no quejas la voz, llanto los ojos,
si lleno está mi corazón de enojos?

Con ánimo viril sufrí el embate
luengos años de bárbara fortuna,
y vi caer en el fatal combate
rotas mis esperanzas una á una;
mas á pesar del brio y la entereza
tributo doy á la mortal flaqueza.

Finjo acaso placer, porque insufrible
me fuera el ver burlar de mi quebranto;
me esfuerzo por reír, no me es posible,
y prorumpo en amargo y crudo llanto:
¿Mas de nuevo extravagas pensamiento?
—Calla, y prosigo el cuento de mi cuento.

Lleno el teatro está de bote en bote
de la gente mas culta y escogida
que á la gran capital paga su escote
en la estación del año mas lucida,
y se cierne la móvil impaciencia
por cima de la noble concurrencia.

Pero sube el telon: silencio mudo
sucede al susurrar enardecido;
mas de un vocablo breve acaba agudo,
en medio á la emision interrumpido,
y ojos y oídos y almas, en la escena
tributo dan á la inmortal sirena.

Tímido su cantar como un suspiro,
al fin del corazón empero llega;
incierto vuela en ondulante giro
cual vaga el aura en la florida vega,
y al alma inspira celestial dulzura
con voz de melancólica ternura.

Mas luego altivo y sonoro vibra,
los mudos ecos del salón conturba,
y no hay dormida ni embotada fibra
en la estasiada, circunstante turba,
que su acento no agite y no conmueva
con sensación desconocida y nueva.

Crece el volúmen de las altas notas
y se abultan y ensanchan los sonidos;
del aire leve las columnas rotas,
exhalando melódicos gemidos,
trémulas se refugian y asombradas
en las sublimes bóvedas pintadas.

Mas allí los persigue vibradora
la poderosa voz;—repercutida,
atravesada el espacio vencedora
dando sombra á la luz, al aire vida,
y á los absortos concurrentes llega
y en mares de armonía los aniega.

—Cesa el canto por fin;—un alarido
universal, atronado, intenso,
múltiple, discordante, sostenido,
grito de amor y de entusiasmo inmenso,
por el vasto recinto se propaga
y su probada solidez amaga.

Retiemblan las columnas sacudidas
y los dorados frisos y arquitraves,
y las bóvedas altas conmovidas
amenazan caer sobre las naves
mientras el público, ronco victorea,
y sin temor alguno palmorea.

Y pide con estruendo que repita
alguna ária de la ópera cantada
ó bien alguna *stretta* favorita.
Resístelo Julieta, algo cansada;
mas luego cede al público deseo
y enmudece el tumulto y palmoreo.

Y canta una canción sentimental,
Schubert era, sospechólo su autor:
allí fué Troya—*Je me trouve mal!*
dice, cayendo en brazos de su amor,
una rubia que estaba en la luneta;
por cierto que el amante era poeta.

Aquí una melancólica suspira,
una nerviosa allí suda y padece,
acullá una volcánica delira,
otra, nieve animada, se extremece,
y mas lejos un vate cabelludo
en su asiento se está ¡qué asombro! mudo.

Mas todo tiene fin, y la romanza
de Schubert se acabó:—mil y mil flores,
signo acaso de tímida esperanza,
de admiración ó estúpidos amores,
ramilletes, y versos y coronas
de hombres, niños, doncellas y matronas.

A los pies de Julieta en el tablado
se hacinan en tropel:—altos pretiles
forman en aquel triunfo improvisado
los raudos aromosos proyectiles,
rompiendo la unidad algun papel
que asoma entre dos hojas de laurel.

¿Mas por qué yace estática la artista
en medio de aquel férvido entusiasmo?
¿En dónde fija la empañada vista
con espresion de indefinible pasmo?
¿Qué objeto la subyuga de tal modo
que se olvida de sí y del mundo todo?...

III.

EL ENCUENTRO.

Del pátio al fin, de pálida
frente, y mirar severo,
un jóven extranjero
con indecible amor;
fija la noble vista
en la inspirada artista,
contempla mudo, estático,
su triunfo embriagador.

No une á la voz unánime
su voz, no victorea,
ni inquieto palmorea,
tranquila es su actitud:
pero en su altiva frente
se vé de amor latente,
brillar la llama vívida
con generosa luz.

En la vision angélica
fijos entrambos ojos,
olvida los enojos
de un largo padecer:
y en su angustiado pecho,
á gozo tal estrecho,
confúndense las lágrimas
y gritos del placer.

Ella, al mirarle, trémula
del propio ser se olvida...
¿Qué mucho, si es su vida,
su fé, su religion?
Y la color difunta,
entrambas manos junta
dó en sacro, inmenso júbilo
estalla el corazón.

No á corazones gélidos,
ni á almas de cieno impuras,
las célicas dulzuras
del santo amor sentir;
ni á mentes bastardeadas
que viven afanadas,
tras del mezquino cálculo
de un rico porvenir.

Cuando el Criador altísimo
lanzó al espacio el mundo,
en él virtió fecundo,
un múltiple raudál,
de nobles ambiciones,
estúpidas pasiones,
gozo y dolor efímeros
como el vivir mortal.

Mas esperanza fúlgida
de mas perfecta vida
y dicha mas cumplida
de las que al hombre dió:
entre el rencor y guerra
y llanto de la tierra,
dejó, benigno, el bálsamo
divino del amor.

¡Amor!—Palabra mágica,
melódico sonido,
que escucha estremecido
de gozo el serafín:
Corriente clara y pura
de sin igual dulzura,
que brota de aquel piélago
que nunca tendrá fin.

Fuego de ardor vivísimo
que abrasa y no consume;
placer que en sí resume
los goces del Eden:
tesoro enaltecido,
al justo prometido
en la mansion seráfica
del sempiterno bien...

—Julietta, en tanto, lívida
á la emocion potente,
al fin en un torrente
de lágrimas rompió:
y que al aplauso gime,
y que el triunfar la oprime,
creyendo el sabio público
frenético aplaudió.

Gruner, entonces, rápido
levántase y se aleja,
que el gozo no le deja
llorar en libertad;
y al aire puro, abierto,
vaga con paso incierto
en la alameda prócsima
de la imperial ciudad.

Y un ¡ay! inmenso exhálase
de su robusto pecho,
y en lágrimas deshecho
á un árbol se apoyó:
y en la tiniebla oscura
al ver su alta estatura,
de miedo alguno exánime
huyendo se alejó.

Y acaso, mas intrépido
allí se acerca alguno,
pidiéndole importuno
del llanto la razon:
y alguno generoso,
mas sabio que el curioso,
el lábio mudo, oírcele
caritativo don.

Y al charlatan estúpido.
Gruner, por todo informe,
le muestra su uniforme
con bélico ademan:
y á la alma compasiva,
cuyo socorro esquivava,
la noble mano estiéndele
el bravo capitán.

Al verlo el otro, férvido
se arroja entre sus brazos
y en cariñosos lazos
confúndense los dos:
y al dar sus mútuos nombres
á un tiempo entrambos hombres
gritan con voz simpática:
—«¡Nos une en Francia Dios!»

El mismo blando céfiro
de ambos meció la cuna,
de análoga fortuna
ambos, é igual virtud;
unidos ¡ay! pasaron
las horas que volaron
de la dorada, efímera,
primera juventud!

IV. LOS DOS AMIGOS.

Mil preguntas inconexas
Sobre los tiempos antiguos
se dirigen los amigos,
como caminando van
de Kramer á la morada,
no lejos de allí situada,
donde ya aguarda María
con mal recatado afán.

Y al diálogo ya sujetos,
los saltos de la memoria,
se van contando su historia
los amigos con placer:
narra Kramer sus estudios,
Gruner cuenta sus campañas,
y describe las extrañas
regiones que llegó á ver.

Y uno al otro se interrumpen,
y á proseguir se convidan,
y en el cuento nada olvidan
de cuanto atañe á los dos:
pero callan de consuno,
su amor á Julieta el uno,
y el otro aquellos secretos
que ocultar quisiera á Dios.

Y como no hay en el mundo
senda, por larga que sea,
cuyo término no vea
quien la sigue sin parar;
al fin ya de las memorias
y las prolijas historias,
Kramer el paso detuvo,
y á una puerta va á llamar.

Cuando arrollándolos casi
en su rápida carrera,
ante aquella misma acera
y el propio lugar, paró
un coche, leve cual rayo,
y descendiendo el lacayo,
con diestra mano al que llega
salida cómoda abrió.

Y cual, tras ronca tormenta,
entre cercos de oro y grana,
ve al albor de la mañana
el peregrino del mar,
la faz del sol generosa,
que de nuevo le convida
con el amor y la vida,
sobre las ondas brillar:

Tal en la vasta penumbra
del edificio altanero,
salta con paso ligero
una divina muger:
Vuela mas bien que camina,
como fantástica ondina
que surge entre los vapores
de un ensueño de placer.

Al verla, entrambos amigos
sepáranse apresurados,
suspendidos y extasiados
á la vision celestial;
mientras con blanda violencia,
sin advertir su presencia,
rauda prosigue, en las sombras
perdiéndose del portal.

Porque, ¡del coche al ruido
despertándose el portero,
vino, sin duda, ligero,
la pesada puerta á abrir:
y tan veloz aparece
y tan fugaz desaparece
la vision, que apenas saben
qué pensar ni qué sentir.

Empero, en su paso leve
la bellísima paloma,
dejó tras sí un blando aroma
mas puro que el del azahár:
cual dejara en su camino
algun arcángel divino
que al bajo mundo viniera
algun prodigio á anunciar.

Mas, del asombro repuestos,
por ver si acaso la alcanzan,
los amigos se abalanzan
detrás con ansioso ardor;
y por la oscura escalera
subiendo van de carrera,
como tras la cierva herida
corre ardiente el cazador.

CUADRO SEGUNDO.

I.

ITALIA.

¡Italia! ¡Italia!—¡ Altivo, claro nombre
de blando son y poderoso encanto!
—¿ Porque, al oírlo, el corazón del hombre
siente de inspiración el fuego santo?
—Tu esfuerzo antiguo, tu inmortal
(renombre
trocados hoy en servidumbre y llanto,
viven en el gran libro de la historia,
perenne manantial de escelsa gloria.

Viven en tí también:—ni un solo paso
da el caminante en tu fecundo suelo,
sin mirar algún mudo, alto testigo
de claro triunfo ó de inmortal fracaso.

Aquí, del tiempo antiguo,
se eleva un templo majestoso al cielo;
de líquido zafir allí sus ondas
lleva dormido el Trasimeno lago,
que atónito miró el horrendo estrago
de la romana gente, allí vencida
por el digno rival de Epaminondas,
el capitán insigne de Cartago.
Cerca de ese jaral perdió la vida
el heróico Flaminio, á quien la suerte,
émula de su gloria
dió aquel día la muerte,
empero digna de inmortal memoria!

Mas allá surge altiva
entre zarzales la ciudad eterna
del valor y el saber eterno solío.

Aquí del Capitolio
el gigante contorno se levanta;
allí la mutilada informe planta
del vasto *Colosseo*,
digno padrón de universal trofeo;
y acullá mira el alma estremecida
el lugar ominoso

dó César, hasta entonces victorioso,
presa cayó de la filial herida.

Aquí Camilo, el dictador romano,
de susto vil el corazón ageno,
los paternos despojos, de la mano
fuerte arrancó del orgulloso Breno!
—Allí... mas cese el labio enardecido...
Solo de humano esfuerzo sostenido,
¿ qué voz bastante fuera
al que cantar tus glorias pretendiera?

¡ Cuánto os amo, ruinas solitarias
de la reina que fué de las naciones!
¡ Vosotras sois las losas funerarias
del pasado poder de sus legiones!
¿ Por qué visten las místicas parietarias
el sendero triunfal de los Scipiones,
y mudo está el lugar dó la divina
voz sonó del Censor de Catilina?

Cada piedra de antiguo monumento
recuerdo es vivo de pasada gloria;
en cada escombros mira el pensamiento
una página rota de la historia:
y no hay voz de la tierra ni ¡ay! del viento
que no evoque una sombra, una memoria,
que alto valor al corazón inspira,
al genio luz y cantos á la lira.

Aquí descansa el cisne Mantuano,
allí del Tasso se meció la cuna,
allá de Ariosto el genio soberano
cantó el amor y bélica fortuna:
aquí nació Petrarca, allí el Ticiano,
y alumbra allá la nacarada luna
las agujas fantásticas de Urbino,
insigne patria del pintor divino.

Y allí bañando el florecido suelo
dormido rueda el río caudaloso,
á quien dió reflejar propicio el cielo
mas altas glorias en su curso undoso:
la luz vió en sus orillas Maquiavelo,
Miguel Angel, ingénio poderoso,
Bocaccio, Galileo, y el gigante
de la alta poesía, el sumo Dante!

Y otros mil preclarísimos varones
cuyos nombres citar fuera imposible;
que en número increíble
ornaron las itálicas regiones.
Pontífices ilustres, campeones
valientes, de los pueblos claros guías,
emperadores, cónsules y reyes,
que á los presentes y futuros días,
beneficios y ejemplo á las naciones,
legaron mil sublimes invenciones,
altas hazañas y prudentes leyes!

El aire tuyo, Italia deliciosa,
es en prodigios y valor fecundo;
en él es la hermosura mas hermosa,
la luz mas clara, el génio mas profundo.
Por esto en su carrera victoriosa
aqueel moderno agitador del mundo,
nunca tan grande fué ni tan temido
como al pisar tu suelo bendecido.

Y por ello, mi humilde entendimiento
que en la primera juventud dormía,
tu límite al pisar, se alzó violento
en piélagos nadando de armonía:
y si acaso mi voz el alto acento
habló de la sagrada poesía,
y no muere el cantar que aliento ahora,
lo debo á tu vision inspiradora.

—Y, empero, gimes bajo el férreo yugo
de extraña esclavitud.—¡Fiero destino!
é implacable se ensaña tu verdugo
tu seno desgarrando alabastrino!
Si al Ser inexcrutable, airado, plugo
de lágrimas amargas tu camino
regar, de amor y de piedad en prenda,
grata recibe mi sencilla ofrenda.

Te lanzaste á lidiar... mas sucumbiste
al esfuerzo mayor del enemigo,
y en tu glorioso intento no tuviste
extraño protector ni pueblo amigo:
la flor de tus guerreros mustia viste
en la lucha caer.—alto testigo
el rey que tantos yerros expiara
en los funestos campos de Novara.

De nuevo te alzarás á lid tremenda
agitando la espada vengadora;
dudosa lid, encarnizada, horrenda,
mas obtendrás la palma triunfadora:
y dando fin á la feroz contienda,
hollando la cerviz de tu opresora,
de ciencias, cortesía y gloria y arte,
á los mundos serás noble estandarte!

II.

POR QUÉ ESTA GRUNER EN FRANCIA.

Quando la opresa Italia sus cadenas
sacudir intentó, fiero conflicto
fué al corazón del generoso Gruner
haber de combatir por su exterminio.
Mas era militar; bajo la enseña
oyó del alzamiento el primer tiro,
y no deja su puesto un buen soldado
por ningún interés cuando hay peligro.

En tanto, allá en el Norte, un pueblo fuerte
de libertad lanzando el noble grito,
se alzó también á par de nuestra Italia
logrando solo remachar sus grillos!

—¡Roma, Milan, Venecia!—claros nombres!
Vuestros hechos heróicos, inauditos,
tuvieron cual los húngaros esfuerzos
por galardón la palma del martirio.
—Lejos de vuestros montes y llanuras,
extranjero cantor desconocido,
á las alas fío del raudo viento
este léal, simpático suspiro.—

Quando del un confin al otro veo
de la caduca Europa
la santa libertad de vil trofeo
servir á esclava tropa:

Quando del Septentrion al Mediodia,
de Oriente hasta Occidente,
alza la multiforme tiranía
su sanguinaria frente:

Quando los pueblos libres se envilecen
sirviendo á los tiranos;
quando á crímenes tales enmudecen
el mundo y los humanos:

Solos, contra las turbas infinitas
que envió del hondo abismo
en figura de bárbaros escitas
el negro despotismo;

Dos puñados de libres se levantan,
valientes, formidables,
y á su embate vacilan y se espantan
los siervos miserables.

Y no esperan vencer:—los enemigos,
sin número y potentes
son, por suerte fatal, y sus amigos
muy pocos, si valientes.

Empero á la ardua lid ved cual se lanzan
desnudos los aceros;
mirad como á las turbas se abalanzan
los nobles caballeros.

De la causa mas santa de la tierra
postreros defensores,
solo esperan morir en la impia guerra
los bravos lidiadores.

¡Oh!—que á mi débil voz lécito sea
alzarse enardecida,
ya que no pueda en la inmortal pelea
sacrificar mi vida!

¡Venecia! ¡Hungria!—asilos de la gloria,
cuna de tantos bravos
que prefieren la muerte á la victoria
por no vivir esclavos:

¡Salve tres veces, salve!—Los acentos
del rudo canto mio,
puedan llegar en alas de los vientos
al opresor impio.

Puedan helar su corazón perverso
del mas cobarde espanto;
que mi voz es la voz del universo,
y mi canto es su canto.

¡Roma! ¡Venecia! ¡Hungria!—Paladiones
de libertad postreros;
culto os darán, y altares y canciones
los siglos venideros.

Que eterna no será la vil coyunda
de torpe tiranía,
y crecerá en virtud y amor fecunda
la libertad un día.

Si libres sucumbis, mártires santos,
á vuestra causa fieles,
dará el poeta á vuestra tumba cantos,
las vírgenes laureles.

Y en el eterno libro de la historia
escritos vuestros nombres,
serán enseña de virtud y gloria
á los futuros hombres.

¡Ese río de sangre generosa
no correrá infecundo,
que á su riego feraz, crece frondosa
la libertad del mundo!!

—Húngaro nació Gruner, y á los ojos
de sus gefes, aquesto era un delito.
Recelosos, sus pasos espían
viendo los accidentes mas sencillos,
las mas simples palabras, como prendas
de traidores, recónditos designios;
y par, y mas que todos se empeñaba
en perseguirle y calumniarle inicuo
el coronel Neumann, con la memoria
de aquella torpe accion que intentó inigno
la virtud de Julietta mancillando,
esclavo vil de un bárbaro apetito.
Que así como el amor se robustece
dentro á los corazones bien nacidos,
en proporcion que el dulce objeto amado
mas sinsabores cuesta y sacrificios:
el odio y el rencor en torpes almas,
mas crüentos se tornan, mas activos,
cuantas mas pesadumbres y zozobras
causaron al mortal aborrecido.

—El jóven soportó el tremendo embato
con el usado generoso brio,
días eternos; mas llegó á tal punto
que vileza juzgó, baldon sufrirlo.
Y demandó sumiso al soberano,
por solo galardón de sus servicios,
su licencia, callando generoso
sus quejas y justísimos motivos.
Concedida le fué, y hácia sus lares
partió con gran premura al punto mismo;
se unió á los bravos de Kossuth; ansioso
buscó los puestos de mayor peligro
durante la campaña, y cuando el cielo
postrar tanto valor y esfuerzo quiso,
cruzando valles y salvando montes
y arrastrando mil riesgos, el camino
tomó por fin de Francia, las memorias
el corazón léal, enardecido,
sin olvidar jamás de aquel pasado,
único, celestial, puro cariño.

Mas ya en París, la vocinglera fama
con mentirosa voz trajo á su oído
rumores de amorosos devaneos
y de tratos livianos mil indicios,
y el triste jóven conteniendo apenas
del corazón los férvidos latidos,
de lejos sigue cual la propia sombra
á la que de su amor objeto indigno
juzga, y de día, solo en ella piensa,
y en la discreta noche, con sigilo,
en su capa embozado hasta los ojos,
va al teatro á adorar al caro ídolo.
Y sus triunfos comparte entusiasmado,
y las supuestas faltas dá al olvido;
mas luego torna de la leve duda
el mortal, agudísimo martirio.

III.

LOS DOS AMIGOS.

(Continuación.)

Llegaron palpitantes al fin de la escalera en rápidos instantes uno del otro en pós: y en la tiniebla oscura ni un átomo siquiera del ángel de hermosura lograron ver los dos.

Y Kramer, sonriendo, bajó al segundo piso, detrás Gruner, siguiendo con paso desigual; y abierta ya la entrada de aquel su paraíso, la voz entrecortada del gozo celestial:

«Entra á tu casa, hermano,» le dice en blando acento: «¡Por Cristo soberano, un ángel vas á ver!» Y Gruner:—«¿Qué? se esconde aquí?»

«¿La hurí del viento?» «No amigo,» le responde: «Hablé de mi muger.»

Y entraron en seguida á la mansion callada, y el alma estremecida de Gruner palpité; mirando, silenciosa, de espaldas á él sentada la ondina mas hermosa que nunca imaginó.

Cerca al hogar, reclinada en rico asiento y blando la forma peregrina del cuerpo mas cabal: y un piececillo leve sumiso golpeando el suelo, apenas mueve el cándido cendal

De la amplia vestidura que el gracil cuerpo ciñe, plegada á la cintura con cinta del color, que el fuego, entonces grave, su lindo rostro tiñe; la púrpura suave del púdico rubor.

Pára en la fragil puerta á entrambos los amigos, con débil planta, incierta, simpática emoción; mas ella, el paso oyendo de incómodos testigos, se incorporó, volviendo el rostro, en el sillón.

«¡Es ella!» «¡El es!»—esclamó á un tiempo los amantes, y lágrimas derraman cual la primera vez: Y luego entrambos callan absortos, palpitantes, mientras en lid batallan amor y timidez.

Julietta, en sí primero del rapto enamorado volviendo, el pié ligero á Gruner dirigió: Y sin hablar, que es mudo el júbilo extremado

como el dolor agudo, la mano le estendió.

Y trémulo él, la oprime, que el gozo lo enagena, mientras Julietta gime con llanto de placer. Kramer, que sobra mira en la callada escena, y raudo se retira llamando á su mujer.

Sumidos los amantes en mares de dulzura, brevísimos instantes conservan su actitud: Que el jóven mira en ella su amor y su ventura, y ella la clara estrella que guió su juventud.

Y ambos despues se sientan uno del otro al lado, y sin reserva cuentan sus dias de dolor; mas en el fiel trasunto del tiempo ya pasado, callan el breve punto en que nació su amor.

¡O plácida memoria de aquella edad primera, en la mortal historia relámpago feliz: cuando del alma pura, noble, leal, sincera, no mancha la blancura ni un rápido deslíz!

¡Cuándo á la lid se lanza el corazon valiente, tan lleno de esperanza y brio y robustez; é inflama poderosa la enardecida mente la llama generosa de amor y su alívez!

Asi los dos amantes en férvida alegría olvidan los instantes que vienen y se van; mas repentina, aguda, Gruner, sintió la impia saeta de la duda y su terrible afán.

Y pálido, enmudece, bajos entrambos ojos, y aun olvidar parece el sitio donde está. Y ella, entretanto, observa los súbitos enojos, y la mudanza acerba penetra acaso ya.

Al inmediato instante entraron los esposos; Julietta palpitante cayó sobre el sillón; mas luego, al punto erguida, en tonos cariñosos, el alma sostenida de gran resolución:

«Mañana, dijo, espero que cenareis conmigo.» Y á Gruner: «Caballero, ruégooos que no falteis.» Y el jóven, con voz grave: «¿No me llamáis amigo?» —«Bien»—y añadió suave: «La cita no olvidéis.»

Y un beso dió á María, y á Kramer dió la mano, y lenta cortesía á Gruner dirigió: y como cruza breve relámpago lejano, el pié moviendo, leve, de vista se perdió.

CUADRO TERCERO.

AL OTRO DIA

EN LA CIUDAD.

Una farmacia en el *Boulevard des Italiens*. El farmacéutico.—Julietta.—Kramer.

I.

JULIETTA.

Buenos dias, doctor...

FARMACÉUTICO.

Muy buenos dias señora.—¿Cómo así tan de mañana á la calle salís?

JULIETTA.

Gusto en extremo del aire respirar de la alborada.

FARMACÉUTICO.

¿Dormisteis mal?

JULIETTA.

De un sueño hasta la aurora...

FARMACÉUTICO.

Teneis muchas ojeras y estáis pálida.

JULIETTA.

Eso no es muy cortés...

FARMACÉUTICO.

Pero es muy cierto.

JULIETTA.

Poco galante estais...

FARMACÉUTICO.

Vos, no muy franca.

JULIETTA.

Mas doctor... á propósito... aquel filtro

FARMACÉUTICO.

¿En pedirlo insistís?...

JULIETTA (*impaciente.*)

Con su eficacia

me digisteis que libre me veria de incómodas y sucias alimañas...

FARMACÉUTICO.

Con una sola gota, diérais muerte de esa ruin multitud á una myriada. Mas, ya tuve el honor...

(JULIETTA *golpeando el suelo con el pié.*)

Sí... me dijisteis

que la ley á su venta pone trabas...

FARMACÉUTICO.

Y el peligro...

JULIETTA.

No le hay.—Dadme instrucciones...

—Ya vereis como sé prudente usarlas.

FARMACÉUTICO.

Pero... vos...

(JULIETTA *golpeando el suelo con mas fuerza.*)

¿No es bastante garantía

el que me conozeais?

FARMACÉUTICO.

Por mi bastára;

mas la ley... si tal vez...

JULIETTA (*repicando con el pié en el suelo y con la mano en el mostrador.*)

¿Temeis acaso

de que con ello mate á media Francia?

FARMACÉUTICO.

Si así lo comprendeis, os doy la droga; pero os debo advertir que es algo cara.

JULIETTA.

El precio nada importa...

(FARMACÉUTICO *sacando un frasquillo.*)

Veinte escudos

os cuesta este frasquillo...

JULIETTA.
Muy barata
me parece, estimada en ese precio...
FARMACÉUTICO.

¿Qué?...
JULIETTA.
Mi tranquilidad.—A prepararla,
enseñadme, doctor...



LARIETA

MURCIA

FARMACÉUTICO.
Es muy sencillo :
con una pluma ú esponjilla blanda
la aplicareis: hacedlo por vos misma :
no lo fieis á estúpidas criadas.

JULIETTA.
Descuidad...

FARMACÉUTICO.
Veinte gotas desleidas
en dos dedos de vino ú agua clara,
pueden hacer estragos mas horribles
que una bomba ó un tiro de metralla.

JULIETTA.
Gracias, doctor.—Hé aquí vuestros escudos...

FARMACÉUTICO.
Priesa tal no corria...

JULIETTA (con agitacion.)
Muchas gracias...

¡Abur!
FARMACÉUTICO.
¡Guárdeos el cielo! (váse Julieta.)
Arcano oscuro...

¡Tan jóven... tan hermosa... y desdichada!
(Entra Kramer precipitadamente, como recatándose de Julieta.)

KRAMER.
¿Tendréis á bien decirme con franqueza
lo que ahora vendisteis á esa dama?

FARMACÉUTICO.
¿Sois su amante?... ¿su hermano?...

KRAMER.
Soy su amigo.

FARMACÉUTICO.
Bello nombre, en verdad; pero no basta.

KRAMER.
¡Por Dios, no me ocultéis!

FARMACÉUTICO.
¿Juzgais que pueda
atentar?.....

KRAMER.
Nada sé; pero en el alma
alza la voz fatal presentimiento
que entre sombras me anuncia una desgracia.

FARMACÉUTICO.
Si es así, seré franco....

KRAMER.
¡Os lo suplico!

FARMACÉUTICO.
¿Reserva me ofreceis?

KRAMER.
Mi fé empeñada.
Os dejo de aleman y caballero....
y nunca fui traidor á mi palabra.

FARMACÉUTICO.
Está bien....

KRAMER.
¡Acabad!...

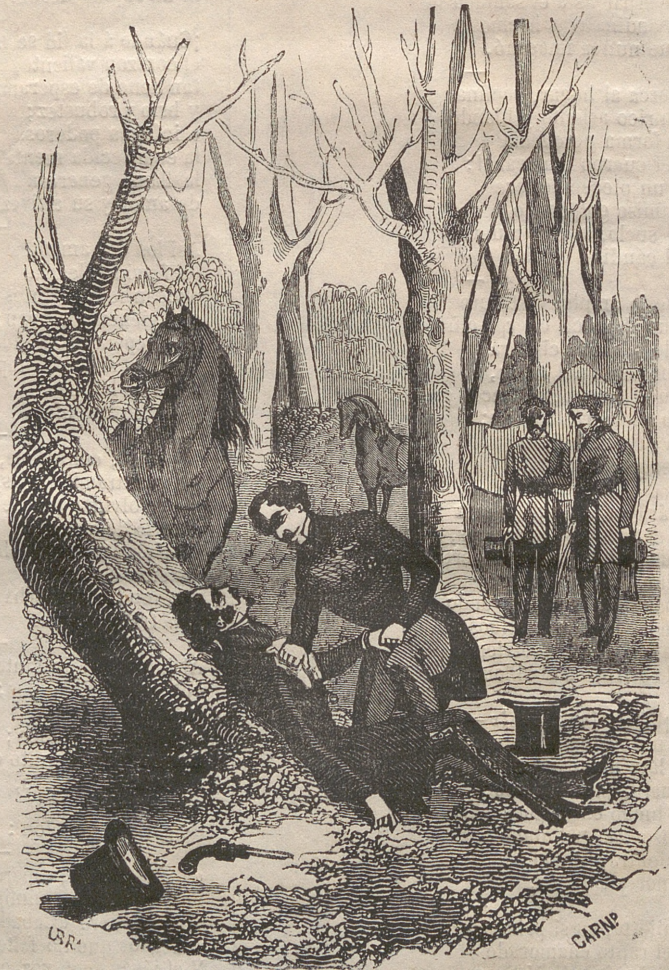
FARMACÉUTICO.
Veneno agudo
me pidió esa señora veces varias
con insistencia tal, y só preostos
tan frívolos, que al fin juzgué que ansiaba
dar término á su vida.... Yo, prudente,
resistí á sus ofertas y demandas,
hasta hoy, pues la ví tan decidida...

KRAMER.
¿V el brevage mortal osásteis darla?

FARMACÉUTICO.
Temiendo que buscase en otra parte
lo que yo tantas veces le negaba,
un frasquillo le dí...

KRAMER.
¿Con el veneno?

FARMACÉUTICO.
Con un simple narcótico.... Tomada
toda aquélla pocion, gota tras gota,



LARIETA

MURCIA

la hará dormir doce horas... Vuestras ansias calmar podeis por su preciosa vida puesto que riesgo alguno la amenaza.

KRAMER. (abrazándole.)

¡Sois un ángel, doctor! ¡Cuánto no os debo!
—¡Admitid esta muestra limitada de mi honda gratitud. (presentándole un bolsillo.)

FARMACÉUTICO.

¿Qué?... ¿Ese bolsillo?

—Yo vendo lo que compro: accion villana fuera vender á precio de vil oro una sencilla inspiracion del alma.

KRAMER.

—Dura leccion; mas sábia y merecida...

—¡Perdonadme, doctor!...

FARMACÉUTICO.

No encuentro causa.

—En tiempo en que de todo se hace objeto de una especulacion torpe y bastarda, engañaros debiais....

KRAMER.

Mi torpeza....

FARMACÉUTICO.

Lógica fué, prudente, necesaria... Que si bien, y lo digo con orgullo, á juzgarme por vos no os engañarais, no se hacen acertadas deducciones en el fisico mundo ó las abstractas regiones del moral, ni de un gran genio cerniéndonos altivos en las alas, analizando solo á un individuo, sino exerutando poderosas masas. Y aunque sois noble, ardiente y generoso, (Movimiento de Kramer.)

lo léo en vuestra límpida mirada, debisteis juzgar mal.—En torno vuestro, ¿qué visteis hasta aqui?—Mezquinas almas, traficantes del arte y de la ciencia, sábios de relumbron, génios de farsa; políticos de bailes y salones, generales de esquinas y paradas; en público, filósofos estóicos, en secreto, mendigos de antesala. Y por mayor escarnio y vilipendio cual si tantos baldones no bastaran, convertidas en torpes prostitutas



URRABIA.

TUBAU.

¡la santa libertad, las leyes santas!
—Perdonad, noble jóven... me extravia mi ardiente indignacion.—Por esa dama ningun miedo tengais.—Un largo sueño el cuerpo y el espíritu restauran.

KRAMER.

Gracias por todo.

FARMACÉUTICO. (dándole la mano.)

Aquesta casa es vuestra

KRAMER.

¡Quedad con Dios!...

FARMACÉUTICO.

¡El vaya en vuestra guarda!

II.

EN EL BOSQUE DE BOLONIA.

Gruner y Neumann, á caballo.—Un conde.—Un periodista.

Es el fin del invierno... ¡hermoso dia!
La luz del sol caliente, vibradora, derrama sobre el monte y la llanura á raudales su fuerza generosa. A su fuego feraz ya alzan erguidas los ateridos árboles sus copas, cuya pasada desnudez revisten miriadas de menudas, verdes hojas. Salta el alegre mirlo entre el ramage mientras la gaya, matutina alondra, tímida eleva el moribundo pio al sol primaveral que la sofoca; y bosques, y colinas y montañas presintiendo la anual, florida pompa, cántico dulce, inmenso, indefinible, de amor y gratitud al cielo entonan....

¿Por qué, Señor, el corazon humano presa de las pasiones tumultuosas no ha de gozar de la tranquila calma, de esa dicha apacible y seductora de que disfrutan en sereno dia el cielo, el mar, naturaleza toda?
—La juventud... el buitre del deseo, con insaciable furia la devora;



URRABIA.

MURCIA.

la edad viril.... borrasca turbulenta de encontradas pasiones, afanosas, inquietas esperanzas, y arduas lides por dichas y grandezas ilusorias; y al fin de tan terribles batallas, breves triunfos, crudísimas derrotas. La senectud.... marasmo de la vida, edad de los recuerdos ominosa, en que lloramos ¡ay! el bien pasado entre presentes sustos y congojas. ¡Qué manantial inmenso de suplicios, y pesares, y trémulas zozobras, en aquellos instantes, que uno á uno nos refleja el cristal de la memoria! —Aquí del crudo mal que ocasionamos surge tremenda la gigante forma, y del bien que no hicimos, al fantasma en rápida cadena se eslabona; aquí un dolor, alla un remordimiento, y en todas partes intranquilas sombras de amigos y enemigos, que se cruzan y en derredor nos cercan vagarosas....

—Del invierno es el fin: hermoso día, y en el ameno bosque de Polonia, mil jóvenes apuestos caballeros lentos pasean, rápidos galopan. lejos de aquel tumulto, en una calle solitaria y sombría, en una torda yegua, que el viento mismo aventajara, si la espolease el dueño que la monta, se mira á un joven de castaños rizos, apostura marcial y frente heróica. Tan entregado va á sus pensamientos, que la brida en el cuello libre flota del fogoso animal, que se entretiene ya en aspirar las brisas aromosas de la mañana, ya en pacer la yerba que á trechos en el campo fresca brota; y no ve que á su encuentro otro ginete á toda brida por la selva umbrosa rápido se encamina, ni oye el rudo galope del corcel, ni la voz ronca del caballero, que asustado grita que se aparte en la senda tortuosa. Y como el otro desbocado viene, al fin contra el primero fuerte choca; los estribos perdiendo y silla entrambos, y la tierra midiendo ambas personas.

GRUNER. *(Levantándose furioso)*

¡Por Dios Santo! Caballero....

—¿Qué miro?—¡El baron Neumann!

NEUMANN. *(Limpiándose el polvo)*

El mismo soy, capitán....

Sois, á fé mal escudero.

—¿Cómo á caballo os dormís?

GRUNER.

—A Francia os trae mi fortuna...

ocasion muy oportuna

nos dá el cielo....

NEUMANN.

¿Qué decis?

GRUNER.

Digo, que libres los dos aquí, en terreno neutral, el odio eterno, mortal, saciar podemos, por Dios.

NEUMANN.

Pláceme mucho la idea....

GRUNER.

¡Armas.... sitio.... hora!...

NEUMANN.

Adecuado

es el sitio, el tiempo dado, y hay armas á la pelea.

(Montando á caballo y sacando dos pistolas de tiro.)

GRUNER.

¿Por qué montáis?

NEUMANN.

Porque quiero batirme á caballo, es claro. Montad, pues.

GRUNER.

Tengo un reparo.

NEUMANN.

Ya os escucho, caballero.

GRUNER.

No me bato sin testigos.

NEUMANN.

Si de ellos necesitáis....

Pero aguardad.... ¿no miráis?

—Allí vienen dos amigos.

—Y en efecto, á toda brida vense llegar por la senda, dos hombres á la contienda que ha de costar una vida.

Era un conde quimerista el que apareció primero, y el segundo caballero un famoso periodista.

Ambos para casos tales personas muy abonadas, que ambos son buenas espadas y valientes y leales.

(Los caballeros saludan.—GRUNER monta á caballo.)

CONDE.

¿Qué es aquesto, general?

NEUMANN.

Entre yo y este señor existe há tiempo un rencor encarnizado, mortal.

—Hoy nos uue aquí la suerte; nos batimos, cosa es llana,

(Al PERIODISTA.)

y París sabrá mañana un combate y una muerte.

PERIODISTA.

Pero...

NEUMANN.

El lance es necesario: acortad pues de razones é inútiles reflexiones.

—Os presento á mi contrario.

No conocéis, á fé mia, hombre de mas limpio honor, ni de ardimiento mayor y mas perfecta hidalguía que el baron Gruner... *(Este se inclina.)*

Baron, el conde Armando de Hyères: Monsieur Julio de Plombières, publicista de opinion.

Los jóvenes que os presento, aunque alegres y aturdidos, son en Francia conocidos por su valor y talento.

(Ambos testigos se inclinan.)

—Hablemos del lance ahora.

Mis armas desconocéis:

bueno será que tireis

con ellas un cuarto de hora

siquiera: aquí muy cercano

hay un tiro: si gustáis,

mejor será que traigáis...

ó vos, Plombières...

PERIODISTA.

Me allano.

GRUNER.

No es necesario ir al tiro.

NEUMANN.

¿Por qué?

GRUNER.

Mi provocación, general, de corazón y sin esfuerzo retiro.

CONDE.

¡Bravo, baron!

PERIODISTA.

¡Admirable!

NEUMANN.

Estimo vuestra nobleza; pero, hablando con franqueza, el duelo es inevitable.

GRUNER.

Pues yo no lo entiendo así.

CONDE.

¡Eso es hablar como un hombre!

NEUMANN.

—Aun no sabéis, no os asombre, cuánto un tiempo os ofendí.

GRUNER.

Pero...

NEUMANN.

Dejadme acabar:

lidiar con vos apetezco

baron, porque os aborrezco, aunque, justo, os sé apreciar.

GRUNER.

Sea, pues, como gustéis.

NEUMANN.

Dictad vos las condiciones...

GRUNER.

No debo, por mil razones.

NEUMANN. *(Al conde y Plombières.)*

Os ruego que lo arregleis.

(El conde y Plombières se separan un poco y conferencian algunos instantes.—Luego se reúnen á los dos adversarios.)

CONDE. *(Con voz triste y sonora.)*

A caballo: á ochenta pasos:

á la señal convenida,

marchareis á media brida

como se usa en tales casos.

Tirareis siempre de frente

y á galope, en la primera

ó en la segunda carrera;

pero habiendo mas de veinte

pasos, entre ambos: es justo

que solo una vez tireis...

NEUMANN á GRUNER.

¿Observar algo quereis?

GRUNER.

A lo que digais me ajusto.—

NEUMANN.

Pues bien: las armas cargad.

—¿Acceptáis como testigo al conde?

GRUNER.

Si.

CONDE.

Yo me obligo

á servirlos con lealtad.

(GRUNER se inclina.—Los padrinos se retiran un poco para cargar las armas, mientras que NEUMANN, sacando su cartera, escribe algunas líneas en un papel que se guarda en el bolsillo.—Los padrinos entregan las armas á sus respectivas partes.)

CONDE.

Lo pactado no olvideis.

NEUMANN.

Basta.

(Miden el terreno.)

PLOMBIÈRES. *(A NEUMANN.)*

Amigo, vos aquí.

CONDE. *(A GRUNER.)*

Apenas da el sol, y así, igual carrera teneis.

(El conde y Plombières andan cuarenta pasos, viniéndose á encontrar en mitad de la carrera. Colócase entonces cada cual á la derecha de su parte, y dan tres palmadas.—Parten los combatientes.—El general dispara á treinta pasos y hiere á GRUNER en el brazo de la pistola.—Este dispara en seguida.)

PLOMBIÈRES.

¡Socorramos al baron!

(El conde y él se dirigen á Gruner; pero este continúa hácia Neumann.)

GRUNER. *(Al pasar.)*

¡Socorred al general!

(El conde y Plombières lo siguen. Gruner echa pié á tierra, y abre los brazos al general, que pálido é inmóvil como una estatueta se le sonríe.)

GRUNER.
¿En el pecho?
PLOMBIERES.
Sí... mortal...
ya apenas juega el pulmon.
(Dejándose caer en los brazos de Gruner,
quien lo deposita en el cesped, y descubierta
apoyada en su pecho.)

GRUNER.
¡Señores... presto... corred
por un doctor... un carruaje!

NEUMANN.
Escusado es ese viage...
Mi postrer voto entendido. (A Gruner.)
(Los testigos se separan un poco, y descubiertos
esperan.)

Perdonad á un enemigo
que tanto daño os causó;
mas que siempre os admiró
y al morir os llama amigo.
(Gruner, llorando, lo estrecha contra su co-
razon.)

NEUMANN.
Aquí, en aqueste bolsillo
cuatro líneas hallareis:
por ellas, baron, vereis
que os engañé: no me humillo
al pedir vuestro perdón...
reconozco mi pecado...
nacé bueno... fué estraviado
por la mala educacion...
Mas por instantes me muero...
—Señores... (Los testigos se acercan.)
Dios me es testigo
de que os dejo un fiel amigo
en tan noble caballero.
Adios, señores. (Tendiéndoles la mano)

Velada
la luz... hermosa... del día...
—¡Gran Dios!.. ¡Perdon!.. ¿qué armonía?...
(Incorporándose y abrazando estrechamente á
Gruner.)
¡Hasta luego, camarada! (Espira.)

CUADRO CUARTO.

MEDITACION.

GRUNER, (paseándose por los Campos Eliseos.)
¡Noche callada, límpida, serena,
cuán bella pasas á mis tristes ojos!
Mécese en el céntit la luna llena,
y dorados manojos
de estrellas rutilantes en su lento
gracioso movimiento
por la bóveda azul, blando rocío
de luz desaparecen sobre tierra y mares,
los límites salvando, seculares,
del nunca hollado campo del vacío.

¡Cuántos sucesos ¡ay! cuántas edades,
cuántos claros renombres,
virtudes y maldades,
y generosos y mezquinos hombres
vuestros rayos castisimos miraron,
que efimeros pasaron,
y á sumirse volvieron
en el golfo sin fin de que salieron!

—Edades mil y mil generaciones
contemplareis aun; altas virtudes
torpes vicios, volcánicas pasiones,
flacos y levantados corazones...
¿Mas será vuestra luz la luz eterna?
¿O bien en la superna
region, donde os contemplo suspendidas,
se apagarán tambien vuestros fulgores,
en los propios ardores
como los otros fuegos consumidas?

Escrito está, que un día,
atravesando la region vacía
con indecible pompa
de miedo y de terror y de amargura,
en la tiniebla oscura
se oirá de un ángel la estidente trompa:
alta de Dios la omnipotente mano
secará el océano;
y llena hasta los bordes la medida
de cuanto á la existencia fué creado,
á átomos impalpables reducida
esta masa de fango ensangrentado
que tierra se llamó, caerá perdida
de la nada al abismo ilimitado.

Mas del libro en las páginas eternas
leo tambien que vuestros dulces ojos
se apagarán: — la mano creadora,
del tiempo al resonar la última hora,
cerrará vuestros párpados amante:
cual cierra palpitante
de piadosa emociion, el triste anciano
con temblorosa mano,
los ojos de la virgen, sorprendida
por la feroz guadaña de la muerte
en medio del tumulto de la vida.

La creacion entera, estremecida
á la voz de Gehovah, mas alta y fuerte
que el tremendo rugido
que lanza el ancho mar, embravecido
só el rudo azote de huracan violento;
del alto firmamento,
poblando los abismos insondables
de la ignorada inmensidad vacía,
oírá tronar en notas espantables
que al fin llegó su postrimero día!

Como en vano los ojos tras la huella
ansiosos vagan de perdida estrella.
rápida exhalacion, hija del rayo,
en tibia noche del florido mayo;
como en vano se ofuscan
cuando afanosos buscan
la levísima gota desprendida
de una trémula mano
en el vasto raudal del océano:
colmada la medida
de los tiempos del mundo, el tiempo mismo
se hundirá en el abismo
de la honda eternidad, madre terrible
que el límite al pisar del crudo plazo,
ahogará á su hijo en un abrazo,
dándole en sus entrañas tumba horrible!

—¡De todo lo creado
no quedará ni sombra ni memoria!
¡De tanto padecer, de tanta gloria,
de tanto mal temido ó bien ansiado,
ni un eco repetido
ha de quedar, ni un lágubre gemido!

¿Cómo puede, Señor, el débil hombre
al pensar de esos soles en la muerte,
necio, llamarse fuerte,
soñar, impio, eternizar su nombre?
¿Cómo en su corazon, lodo mezquino,
rencores amasar, sentir pesares,
divinizar efimeros amores,
aherrojar á sus plantas el destino?

—Millares de millares
de siglos pasarán, los resplandores
antes que apagues tú, de esas lumbreras
que son en las esferas
de tu gloria elocuentes narradores:
y siglos mil antes del sumo día,
esta generacion que alienta ahora
y se agita y combate en lucha impía
sobre este espacio oscuro, limitado,
de lágrimas y crímenes forjado,
verá llegar su postrimera hora.
Y empero, ciega, estúpida, opresora

pugna por alcanzar en la ardua liza
el premio del valor ó el del talento...
—¡Ceguera miserable!
¡tan infando rencor, tal ardimiento,
por lo que es vil ceniza,
vanidad, ilusion, polvo impalpable!

¡Cuántos nombres ilustres, afamados,
y ánimos levantados,
generosas pasiones,
viles, desenfrenadas ambiciones,
rodarán confundidas,
indistintas moléculas perdidas
en la vasta grandeza
de la madre comun naturaleza!

—¡Claros soles, inmensos reverberos,
un día morireis!... ¡Y los humanos,
criaturas fugaces de un minuto,
se persiguen párpados
como hambrientos milanos
recogiendo en sus odios carniceros
llanto por galardón, sangre por fruto!

¡Señor! ¡Señor!—Cuando afligido pienso,
cuando en callada soledad medito,
lo que suma el mortal mas encumbrado
ante la inmensidad de lo creado,
me humillo á tu poder sumo, infinito.
—Atomo imperceptible en el inmenso
piélago de los seres—¿qué es el hombre?
—¡Cuándo mas un sonido, un soplo, un
(nombre!)

CUADRO QUINTO.

POR LA NOCHE

EN CASA DE JULIETTA.

Gabinete amueblado al gusto oriental.—Julietta recostada en
un divan, meditando.

I.

JULIETTA SOLA.

VOZ DEL CORAZON.

Me ama, estoy segura,
como yo le amo á él...

VOZ DEL ENTENDIMIENTO.

Mas la atormenta
con su horrible tortura,
duda crüel, encarnizada, lenta.
Me juzga; ¡ay me infelice! mancillada
por mi propio querer, y no me es dable
sacarle de su error!... Y aunque lo fuera,
una muger por otro deshonrada,
ayer, vil pordiosera,
hoy rica, mas oscura aventurera,
indigna es siempre de él, si no culpable.

CORAZON.

¿Mas, pura y sin mancilla
no eres ante tí propia, por ventura?
¿No es grande tu hermosura?
¿En tu mente no brilla
poderosa la llama del talento?
¿El usado ardimiento
cadió en tu corazon?—De tu carrera
el fin será feliz... ¡Espera! ¡Espera!

ENTENDIMIENTO.

¿En quién has de esperar?—¿Tuviste acaso
en toda tu existencia un solo día
de completa alegría?
¿Cuánto rudo fracaso,
cuánta lenta agonía
horaste, de placer por un instante!
El pecho palpitante

de grato amor, do quier sembró virtudes,
y á tantos beneficios
en premio, y tan heróicos sacrificios,
¿Qué fruto recogiste?... ¡Ingratitudes!

CORAZON.

Ingratos y perversos en el mundo
son cosa harto comun; cosa harto rara
la amistad verdadera,
casi prodigio el verdadero amor....

—Empero, en el profundo
misterio de tu vida, pura, clara,
una amistad sincera,
bálsamo fué á tu hastío y tu dolor.
¿Y ese prodigio raro,
ese amor celestial, no lo encontraste?
¿Ingrata ya, olvidaste
al que te dió su generoso amparo?
Te adora el capitán... ¡está segura!

ENTENDIMIENTO.

No creas en su amor... fuera locura.
Y aunque ciego te amara,
y un punto tus desdichas olvidára,
poseyéndote ya, recordaría
los sucesos pasados,
y entrambos desdichados
una vida viviérais de agonía.
—Debes morir.—A tí yano hay placeres...

UNA CRIADA (entrando).

Señora...

JULIETTA.

¿Qué me quieres?

CRIADA.

Ya están en el salon los convidados.

II.

Salon brillantemente iluminado.—En el centro una mesa ser-
vida con magnificencia.—Julietta ocupa la cabecera.—Gru-
ner á su derecha. María á su izquierda.—Kramer al lado de
María.—Los demas convidados, cada cual al lado de la
muger que le interesa.

JULIETTA.

Seais bienvenidos, señores.

(A María, besándola, mientras mira de sos-
layo á Gruner.)

Estás muy seria, María...

MARÍA.

Yo no...

JULIETTA.

¡Viva la alegría!

KRAMER.

¡Sí... sí. Olvido á los dolores!

UN DUQUE, (al oido de una actriz del teatro
de Variedades, que está á su lado.)

¿Qué celebra hoy la cantante

que tan dichosa se muestra?

—¿Dí Fanny... el qué está á su diestra,
es acaso un nuevo amante?

FANNY.

¿Lo habeis sido vos?—¿Callais?

—Decidme, por vuestro honor:

¿Obtuvisteis su favor?

—Callando lo confirmais.

DUQUE.

Callé, Fanny, avergonzado
de mi anterior cobardía:
en mi amorosa porfía
por ella fui rechazado,
y aunque nunca osé atrevido,
jactarme de su favor,
no tuve el noble valor
de confesarme vencido.

FANNY.

Por eso, en la larga cuenta
de amantes afortunados
por la envidia numerados,
figurais...

DUQUE.

Y me atormenta
por ello, aunque acaso tarde,
la voz de mi corazon;
mas yo lavaré el borrón
de mi conducta cobarde.

CARLOTA, (actriz del teatro de Variedades al
oido de Plombières.)¿Ese bizarro alemán
es ahora el preferido?

PLOMBIÉRES.

No lo sé: jamás he sido
de esa hermosura galán.

CARLOTA.

Empero... su admirador...

PLOMBIÉRES.

Siempre lo fuí del talento.

CARLOTA.

Lo decís...

PLOMBIÉRES.

Como lo siento.

CARLOTA.

¿Y al tudesco triunfador
tambien admirais?

PLOMBIÉRES.

Tambien.

CARLOTA.

Sois...

PLOMBIÉRES.

Justo.

CARLOTA.

Y nada celoso.

PLOMBIÉRES.

¿Insistís? (incomodado.)

CARLOTA.

Estais chistoso...

La cólera os sienta bien.

PLOMBIÉRES.

A ella como al capitán
amo y respeto...

JULIETTA (á María).

¿No quieres?

MARÍA.

Bien está...

JULIETTA.

Amigo Plombières,
trinchadnos ese faisán.

PLOMBIÉRES.

Con sumo gusto.

JULIETTA.

Señores...
por favor, las copas llenas.
(Brindando) ¡Al olvido de las penas!

CARLOTA (al oido del duque).

¡Al triunfo de sus amores!

(Todos beben excepto Gruner).

JULIETTA (á Gruner).

No habeis hecho la razon...

GRUNER.

Es grave descortesía;
mas no dice la voz mía
lo que niega el corazon.

JULIETTA.

Por demas oscuro estais...
Os ruego que me espliqueis...

GRUNER.

Presto quizás lo sabreis:
hasta entonces no insistais.

JULIETTA.

No insisto.—Despues espero
á solas un punto hablaros...
Cuando...

GRUNER.

Bien:—vendré á buscaros.

JULIETTA.

Os aguardo caballero.
(á los convidados.) Pero estais mudos...

DUQUE.

¡Por Cristo!

tiene Julietta razon.
(á Fanny.) Cantadnos una cancion...

TODOS.

¡Sí! ¡Sí!...

FANNY.

A tantos no resisto.

(cantando.)

Quando desgarran los males
lentamente el corazon,
y perturban la razon
de los míseros mortales,
ociosos son los cordiales
del consejo y reflexion.

Pero el vino

es un bálsamo divino.

CORO.

Pero el vino, etc.

FANNY.

Corriendo en pos de la gloria.
va un afamado poeta;
una página completa
quiere escribir en la historia
un general:—la vic'oria
burla á entrambos, que es coqueta...

Pero el vino

es un bálsamo divino.

CORO.

Pero el vino, etc.

FANNY.

Engañoso es el placer,
humo el halago de amor,
farsa en el hombre el valor,
la ternura en la mujer
tambien farsa:—el padecer
solo es cierto del dolor!
Dios, empero, nos dió el vino
como bálsamo divino.

CORO.

Dios empero, etc.

DUQUE.

Bravo á la hermosa sirena!

TODOS.

¡Bravo! ¡Bravo!...

FANNY. (inclinándose.)

Gracias mil.

PLOMBIÉRES. (sacando su reloj y levantán-
dose.)

Lunes primero de abril.

JULIETTA.

¡La postrera copa llena!

TODOS.

Bien.

JULIETTA.

De sincera amistad
en pura y sencilla muestra,
brindo por la dicha vuestra!

TODOS.

A vuestra felicidad.

FANNY.

Julia, adios, (al Duque.) ¿Y mi Perrito?

DUQUE.

Aquí está: ya aguarda el coche.

CARLOTA (á Plombières.)

¿Os venís, caballero?

PLOMBIÉRES.

Allá voy (á Julietta.) Muy buena noche.
Julietta abraza á María y dá la mano á Kra-
mer.—Gruner sale con ellos.

III.

EN EL GABINETE.

JULIETTA, GRUNER.

(Al lado de una otomana en que están sentados, un velador con un vaso de agua casi lleno.)

(JULIETTA pensando.)

¿Por dónde comenzar?—Tímido el labio no acierta á producir ni un solo acento... ¡funesta indecision!...

(GRUNER pensando.)

Mortal agravio.

ó torpe fingimiento juzgará mi reserva en tal momento.

JULIETTA.

¡Tus ardientes latidos detén, ó corazón, deja á la boca que formule sonidos siquiera entre tristísimos gemidos!

GRUNER.

La agitacion interna me sofoca, No puedo respirar!...

JULIETTA *venciéndose.*

Me prometisteis las secretas razones revelarme...

GRUNER.

Queríais vos hablarme...

á eso vine....

JULIETTA.

¿Tan solo á eso vinisteis?

GRUNER.

No fué lo que pedisteis?

JULIETTA.

Cierto. Ahora bien: un punto discurramos con franqueza total....

GRUNER.

Es mi deseo.

JULIETTA. (*Ruborizándose.*)

Ha tiempo, capitán....

GRUNER.

Que....

JULIETTA. (*Con esfuerzo.*)

Nos amamos.

GRUNER.

¿Y bien?...

JULIETTA.

Dejadme hablar.

GRUNER.

Pero.... no veo....

JULIETTA.

Discurriendo quizá nos entendamos. Vos me tendisteis una mano amiga con hidalga bravura, en mi honda soledad y desventura: juzgásteis luego infame á la mendiga, y rubor os causó vuestra ternura.

GRUNER.

Señora....

JULIETTA.

Es la verdad: triunfando empero, la generosa condicion, un día que visteis que á sus males sucumbia, hidalgo caballero, á su amparo acudisteis el primero. Acaso ardía aun la noble llama en vuestra alma de amor, mas en tormento trocada, fiero, insoportable, lento!

GRUNER.

El fuego que me inflama....

JULIETTA.

Es lo que os dije ahora; nunca miento. Vive aun el amor, la confianza ha tiempo que acabó:—La suerte impía,

por culpa que no es mia, me hizo indigna de vos: ni en lontananza puedo al alma fingir una espetanza. (*Gruner, indeciso, calla.*)

JULIETTA. (*Ap.*)

¡Acabe, en fin, tan bárbara agonía! (*Alto.*) Tengo sed... Capitán, dadme ese vaso. *Gruner se lo da. Julietta saca con disimulo el frasquillo que le dió el farmacéutico, y lo vierte en el agua.—En seguida bebe mas de la mitad.*

JULIETTA.

Ahora que repaso en calma fria mi pasada historia, os juro, capitán, que amé la gloria solo por vos.... por vos....

GRUNER. (*ap. sobresaltado.*)

¡Descolorida

como el mármol está!

JULIETTA.

Tierna memoria guardad de la postrera despedida de aquella que os amó mas que á su vida.

GRUNER.

¿Qué decis?

JULIETTA.

Que en mi seno ejerce ya su furia despiadada un agudo veneno.

GRUNER.

¿Qué hiciste, desdichada?

JULIETTA.

Vivir sin vuestro amor era imposible.

GRUNER.

¡No.... no.... no morirás!

Llamando con violencia. El cordon de la campanilla se rompe.

JULIETTA.

Empeño vano.... antes prevílo todo.... al llamamiento, ninguno acudiré.... Tened la mano.

GRUNER.

¡Agonía terrible!

(*Queriendo lanzarse fuera.*)

JULIETTA.

¡Por piedad, no os vayais! Solo un momento me queda....

GRUNER. (*Volviendo hácia ella.*)

¡Ha de morir Dios Soberano!

Crüel, muger crüel! ¿No sospechabas al conspirar así contra tu vida, que contigo á la tumba me arrastrabas?

(*Reparando en el vaso y tomándolo.*)

¡Estrella bendecida!

Aun hay....

JULIETTA.

¡Cielos! ¿qué haceis?

(*Queriendo arrebatarle el vaso.*)

(GRUNER. *Bebiendo hasta la última gota.*)

Morir contigo.

JULIETTA. (*Cayendo de nuevo en la otomana.*)

¡Oh Carlos.... Carlos! ¡Dios del firmamento!

¡Aun este horrible, roedor tormento á mi fiera agonía reservabas?

¿Por qué crimen padezco tal castigo?

¡Oh Carlos! ¡Por piedad de mí te aleja!

¡Vete!... ¡sal!... Aun salvarte por ventura podrás.... (*arrojándose.*)

¡Señor! ¡Señor.—De mi amargura

Dúelase tu piedad!.... ¡Oye mi queja!

¡Salva, Señor, su vida,

por la casta matrona dolorida,

que enterneció á aquel pueblo sanguinario

abrazada á tu cruz en el calvario!

GRUNER. (*Levantándose.*)

¡Cálmate, dueño mio,

modera aquese histérico extravío,

y unamos nuestro esfuerzo en tal instante!

JULIETTA. (*Dejándose caer en la otomana.*)
¡Ay Carlos! ¡tengo frio!

GRUNER.

Ven, Julietta á los brazos de tu amante. Duérmete en mi regazo blandamente... luego despertarás, pura, radiante, en el seno del padre Omnipotente!

(JULIETTA se reclina sobre el pecho de GRUNER.—Este la estrecha contra su corazón.)

GRUNER. (*Aparte.*)

¡Qué fria está! (*Alto.*) ¡Julietta!

JULIETTA.

¡Carlos mio!

¿me llamabas?

GRUNER.

¿Padeces?

JULIETTA.

No....

GRUNER. (*Aparte.*)

Ya siento

por mis venas correr, frígido, lento el soplo de la muerte... ¿Mas qué escucho? Pasos distintos son... ¿Acaso lucho con el delirio ya?... se acercan... ¡Cielos! —tarde vienen socorros ó consuelos... apenas late el corazón...

JULIETTA. (*Con voz espirante.*)

Te adoro...

Carlos... abrázame...

(*En este instante ábrese la puerta y entra KRAMER.—JULIETTA abre los ojos.*)

GRUNER.

¡Kramer! ¡amigo!

¡Sálvame por piedad!—¡Tu ayuda imploro!

¡Va á morir!—¿Mas qué veo?—¡No me

(escucha,

y en la tremenda lucha, la sonrisa glacial de un enemigo sus labios entreabrió!—¡Maldi...

KRAMER. (*Acercándose cariñoso.*)

Detente...

un narcótico simple...

GRUNER.

¡Dios clemente!

KRAMER.

Ambos despertareis al nuevo día.

JULIETTA. (*Espirante.*)

¡Cár... los mi... o te a... do... ro!...

GRUNER.

¡Esposa mia!

(JULIETTA cierra los ojos y cae aletargada.—GRUNER, despues de desesperados esfuerzos, se rinde al fin á la violencia del narcótico.—KRAMER los coloca en la otomana lo mas cómodamente posible, y abrigándolos con la capa de GRUNER, sale en puntillas cerrando la puerta.)

CONCLUSION.

Pura, limpia, serena, perfumada, brilla en Oriente la rosada aurora del sol vivificante precursora.

Al süave calor naturaleza se sonrie, de gozo estremecida, y ufana de su pompa y su belleza bebe á mares el fuego de la vida.

Abre la flor su cáliz coronado de brillante diadema de rocío, y en los aires su olor embalsamado desaparece, y sobre el césped mustio y frio un menudo aguacero aljofarado.



Blandamente los árboles menean
sus ramas ya de verde revestidas,
y las menudas hojas juguetean
al sol primaveral recién nacidas;
mientras las leves lianas serpentean
al tronco rudo con amor asidas.

De rama en rama alegres van saltando
los canoros, pintados gilguerillos,
mientras en el césped húmedo triscando
resbalan los inquietos cabritillos:
grato frescor á la campiña dando
alientan los alados cefirillos,
las flores en su vuelo acariciando.

Y entona el ruisñor en la enramada
el himno matinal con dulce acento,
y la tórtola arrulla enamorada
su monótono canto, triste y lento:
se escucha ya en la rústica majada
el usado tumulto y movimiento,
y aun la altiva ciudad yace adormida
en el sueño, letargo de la vida.

Mas de una casa que un jardín rodea
se entro-abre á deshora una ventana,
y al alentar el aura juguetea
con la verde, levisima persiana:
descórrase por fin:—la faz febea
entrambos, virginal, fresca, lozana,
dos jóvenes se asoman juntamente
á respirar el matutino ambiente.

Ambos de acabadísima hermosura
si bien en seco y en edad distintos,
respiran con deleite el aura pura
perfumada de violas y jacintos:
ambos los rostros celestial dulzura
rebotan, del color entrambos tintos
de la púdica reina de las flores,
color que nunca vive entre dolores.

De ambos los brazos los nevados cuellos
oprimen con suavísima terneza,
se rozan y confunden sus cabellos
de igual brillo y color, é igual riqueza:
mas ya del sol los fúlgidos destellos
no pueden soportar, y con presteza
descienden al jardín ambos amantes
en abrazo de amor como denantes.

Y con delicia aspiran los olores
del pensil, en sus bóvedas sombrías,
escuchando los múltiples rumores,
las vagas, misteriosas armonías
que en la blanda estación de los amores,
al empezar de los serenos días,
exhalan en dulcísimos acentos
al supremo Hacedor los elementos.

Y de pronto en ambos brilla
simpática inspiración,
y doblada la rodilla
alzan ferviente oración.

E la por él ora al cielo,
él por ella al cielo implora,
llanto de amor ella llora,
y el llanto de él baña el suelo.

Y se levantan unidos,
y cuentan males pasados,
mil veces ya comenzados
y otras mil interrumpidos:



Y repiten juramentos
con santa fé y puro ardor,
y largos siglos de amor
viven en cortos momentos.

Y se abrazan y se miran,
y de su dicha se espantan,
y hablan y rien y cantan
y sollozan y suspiran.

—¡O púdico amor primero
del mismo Dios emanado,
como el cielo immaculado,
como la fé verdadero!

Oásis al peregrino
en el desierto del mundo,
como tu padre fecundo
y generoso y divino:

¡Cuán feliz aquel mortal
á quien abrasa tu fuego!
Cuán miserable el que ciego
no ve tu luz celestial!

—Así van los dos amantes
entre célicas delicias,
haciéndose mil caricias;
y los ecos circunstantes,
envidiando aquel tesoro
de casta felicidad,
á porfia
compitiendo,
van diciendo:
¡Alma mia,
yo te adoro!
con armónica unidad.

Y la jóven hechicera
y su amante, hermoso guia,
huyendo al calor del dia
atraviesan la pradera.

El uno del otro en pos
marchan con paso gentil,
y.... se perdieron los dos
en las sombras del Pensil.....

CARTA DE JULIETTA AL ANCIANO CURA.
Lunes 1.º de Abril.

—Padre mio: ¡Creo en Dios!

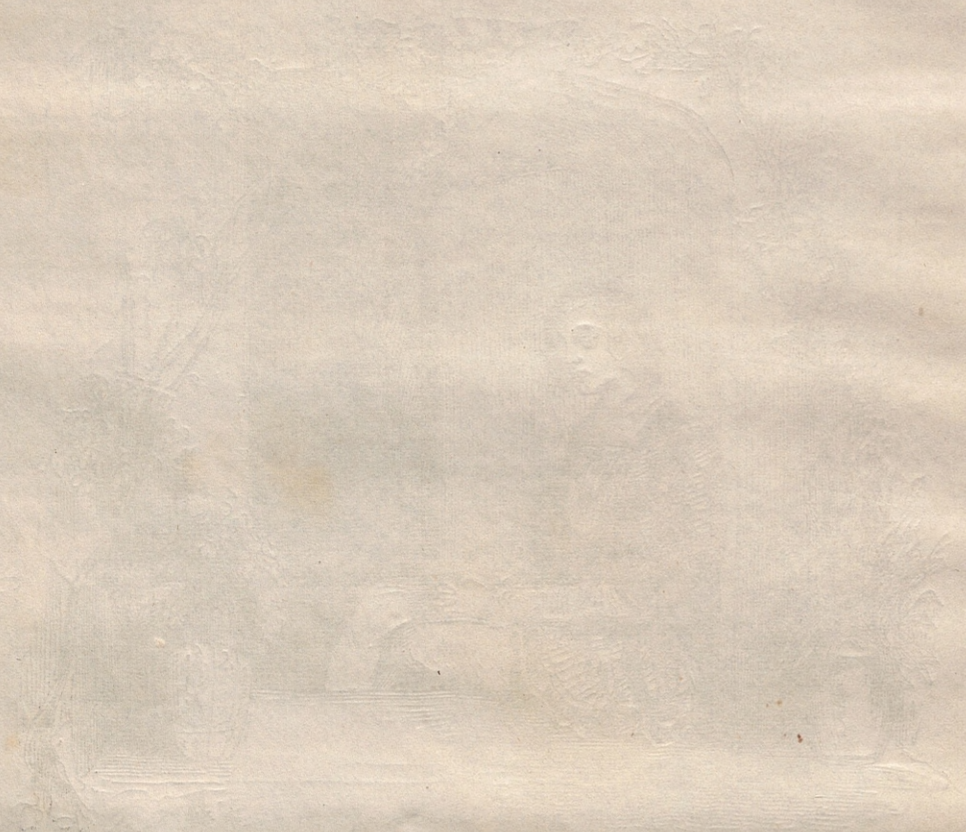
FIN.



En el año de 1719 se descubrió
 en el reino de Suecia un
 mineral de hierro que se
 llama hierro de Suecia y
 que se usa para hacer
 acero y para otros
 usos. Este mineral se
 encuentra en el reino de
 Suecia y en otros países
 de Europa.

En el año de 1719 se descubrió
 en el reino de Suecia un
 mineral de hierro que se
 llama hierro de Suecia y
 que se usa para hacer
 acero y para otros
 usos. Este mineral se
 encuentra en el reino de
 Suecia y en otros países
 de Europa.

En el año de 1719 se descubrió
 en el reino de Suecia un
 mineral de hierro que se
 llama hierro de Suecia y
 que se usa para hacer
 acero y para otros
 usos. Este mineral se
 encuentra en el reino de
 Suecia y en otros países
 de Europa.



EXPOSITION UNIVERSELLE DE LONDRES

DEPARTMENT OF SCIENCE AND ARTS, GREAT BRITAIN

1873

LA ILLUMINATION

EXPOSITION UNIVERSELLE

EXPOSITION UNIVERSELLE DE LONDRES
1873
DEPARTMENT OF SCIENCE AND ARTS
GREAT BRITAIN

EXPOSITION UNIVERSELLE DE LONDRES
1873
DEPARTMENT OF SCIENCE AND ARTS
GREAT BRITAIN

The exhibition of illumination in London 1873 was a significant event, showcasing the latest advancements in lighting technology. It featured a variety of lamps, including gas, oil, and electric, demonstrating the progress of the industry. The exhibition was held in the Crystal Palace, which provided a large and airy space for the display. The event attracted a large number of visitors, who were fascinated by the new and improved lighting solutions. The exhibition also included demonstrations of the latest lighting fixtures and accessories, providing a comprehensive overview of the field. The success of the exhibition highlighted the importance of lighting in modern life and the need for continued innovation in the industry.

EN LA ILLUMINACION DEL DIA 6 DEL EXPOSICION DE LAS CIUDADES

1 LISTA DE EXPOSICIONES Y DE PREMIOS

This section contains a detailed list of exhibitions and awards related to the lighting industry. It includes information about the various lamps and fixtures on display, as well as the names of the inventors and manufacturers. The list is organized into several categories, such as gas lamps, oil lamps, and electric lamps. It also provides information about the prizes and medals awarded to the winners of the competition. The list is a valuable resource for anyone interested in the history of lighting technology and the achievements of the industry in the mid-19th century.

ESPOSICION UNIVERSAL EN LONDRES,

DESCRIPCION DETALLADA ACOMPAÑADA DE CERCA DE MIL LÁMINAS PRIMOROSAMENTE GRABADAS,

PUBLICADA POR

LA ILUSTRACION,

PERIODICO UNIVERSAL.

Explicacion al alcance de todos de los objetos mas notables que contiene el Palacio de Cristal.

Se admiten suscripciones por el tiempo que dure la descripcion en el periódico y se venden números sueltos.

Coleccion numerosa y esmerada de grabados de todos tamaños, reproduciendo los objetos que se describan.

La coleccion de números del periódico que contengan la descripcion, formarán un tomo que podrá encuadernarse aparte.

El sábado 20 de setiembre comenzará este semanario á consagrar una buena parte de sus columnas á la descripcion detallada de la grande Esposicion industrial de Londres.

El director y propietario de LA ILUSTRACION ha permanecido en aquella capital el tiempo necesario para recoger datos, á fin de ofrecer á sus lectores un trabajo tan completo como puedan desearle.

Uno de nuestros mas hábiles dibujantes, el Sr. Urrabieta, ha pasado tambien á Londres para completar los dibujos que LA ILUSTRACION tiene dispuestos, tomando del natural los apuntes.

Ningun periódico de Europa ha presentado una coleccion de grabados relativos á la Esposicion mas numerosa, mas exacta, ni mas bien ejecutada que la que estampará LA ILUSTRACION española.

En cuanto al testo, no solo consignará LA ILUSTRACION todas las noticias interesantes sobre el palacio de cristal y la descripcion detallada de los objetos mas útiles, mas nuevos, mas bellos ó mas notables por cualquier concepto que sea, cuyo dibujo exacto y grabado con toda perfeccion acompañará á la lectura, sino que dedicará artículos especiales al exámen de la parte industrial de cada nacion.

Solo en lo que falta de año, LA ILUSTRACION publicará cerca de 300 grabados de la Esposicion, algunos de grandes dimensiones, y es posible que los que acompañen á la descripcion pasen de MIL.

Esta coleccion de grabados, que llega á formar un riquísimo album de modelos de máquinas, instrumentos de agricultura, ciencias y artes, estatuas, muebles, carruages, objetos de plata, cristal, porcelana, bellas artes, tapicería, etc., etc., es un repertorio de dibujos de todo lo mas perfecto que la industria ha producido para ostentar sus adelantos en la grande Esposicion de 1851.

Para los fabricantes, para los artistas, para los artesanos, para los labradores, para todos, en fin, los que trabajan ó dan que trabajar, esta coleccion es de un valor inmenso, porque en ella encontrarán modelos de máquinas nuevas con que

perfeccionar y facilitar sus operaciones, y diseños á cuya vista mejorarán sus productos.

La descripcion que va á ofrecer LA ILUSTRACION equivale, para los que no han visto la Esposicion, á algunas visitas al palacio de cristal; los que le han recorrido hallarán en nuestras páginas un recuerdo agradable de lo que han contemplado, y el único medio de fijar la impresion fugitiva que recibieron en presencia de los objetos materiales.

Desde el 20 de setiembre, LA ILUSTRACION se tirará con mas esmero en una máquina nueva, espresamente traída de Inglaterra. Se imprimirán doble número de ejemplares que los necesarios para el servicio ordinario del periódico, cuya tirada normal es una de las mas considerables de la prensa española. Los espositores españoles ó extranjeros que quieran aprovecharse de este gran medio de publicidad para dársela á sus productos, tendrán la bondad de remitirnos sus noticias y dibujos sin pérdida de tiempo.

Se admiten suscripciones por el tiempo que dure la descripcion, pero á partir desde 1.º de setiembre, en las oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, calle de Jacometrezo, núm. 26, y en todas las librerías y comisiones. Los precios son en Madrid 6 rs. al mes, 16 al trimestre, 30 el semestre, 30 al año. En provincias y extranjero 8 rs. al mes, 20 el trimestre, 40 el semestre, 60 al año.

Las suscripciones de medio año y 12 meses empezarán en 1.º de octubre, recibiendo gratis los números de setiembre que contendrán la introduccion de la Revista del palacio de cristal, acompañada de preciosos grabados.

Los suscriptores que lo sean todo el tiempo que dure la descripcion del Palacio de cristal en LA ILUSTRACION, recibirán con el último número UNA PRECIOSA ESTAMPA PARA PONER EN CUADRO DE TRES CUARTAS Y MEDIA DE ANCHO POR DOS Y MEDIA DE ALTO, que representa la vista interior del Palacio de la Esposicion.

En LA ILUSTRACION del dia 6 del corriente se lee la siguiente advertencia:

Á NUESTROS SUSCRITORES Y AL PÚBLICO.

En el anuncio que hallarán nuestros lectores en la plana 8.ª de este número, (que es el anterior), verán que al fin ha llegado el momento de cumplir una promesa que LA ILUSTRACION tiene pendiente.

Hubiéramos podido anticiparnos un poco, pero entonces no habríamos presentado un trabajo tan completo ni tan esmerado como el que vamos á tener el gusto de ofrecer al público. En esta alternativa el retraso nos ha parecido cuestion de poca monta.

Después de cerca de medio siglo de combates incesantes, de luchas fratricidas y de trastornos de todo linaje, la nacion española que ha admirado al mundo mostrándose sucesivamente sábia, artística, guerrera y marítima, y que tuvo tambien su gloria industrial cuando los países que hoy brillan en esta esfera dormían en el sueño de los pueblos sin genio, despierta de su largo reposo, y volviendo la vista á las empresas útiles, se dispone al trabajo, reconociendo en fin que la industria es el medio de que un país llegue á alcanzar la verdadera riqueza y prosperidad.

En los momentos en que este pensamiento gana, por fortuna, terreno, nada nos parece de mas interés para España que una relacion completa y bien circunstanciada de lo que es ese templo de la industria, en que á la sazón celebran su reunion pacífica todas las naciones del globo. Algun provecho creemos nosotros que debe reportar la propagacion de todos los adelantos que se ostentan en ese concurso universal.

Esta creencia es la que nos ha decidido á acometer una empresa, para la cual hemos tenido que desembolsar algunos miles de duros y que vencer no pocas dificultades.

Permitásenos dejar sentado que el trabajo que vamos á emprender, objeto en otros países de una especulacion lucrativa, no es en el nuestro otra cosa que una obra patriótica que solo puede producir pérdidas de consideracion.

Las publicaciones que en el extranjero se han propuesto popularizar por medio de dibujos y esplicaciones los adelantos de la industria universal en 1851, tienen desde luego la proteccion eficaz del gobierno, que hace por su parte todo lo posible porque se propaguen, ya recomendando con empeño su adquisicion, y aun haciéndola forzosa para diversas corporaciones, ya declarándolas libres del pago de porte en correos, ya en fin adoptando otros muchos medios que un gobierno tiene en su mano para apoyar, sin gran sacrificio, la realizacion de las ideas conocidamente útiles. En España, aunque lo solicitáramos, que no lo solicitáremos, no se juzgaría á nuestra empresa merecedora de una sola de esas distinciones que se hacen todos los dias con los periódicos políticos de tal ó cual matiz, con las biografías de ciertos personajes despachadas por mayor en venta forzosa, con esos boletines especiales de los ministerios, cuya utilidad es por lo menos dudosa, con esas obras de historia eclesiástica subvencionadas con algunos millones de reales, y con otras muchas publicaciones igualmente provechosas para el país.

Las empresas que fuera de España se han dedicado á consignar con la pluma y el lápiz los objetos mas notables de la Esposicion universal, se ven acosadas por los espositores, que no solo las facilitan noticias y dibujos, sino que pagan los gastos de los grabados y de la insercion; nosotros hemos invitado á los fabricantes españoles á que nos remitieran iguales datos acerca de los productos que han espuesto para darles publicidad GRATIS y OFRECIÉNDOLES NUESTRO RECONOCIMIENTO; pues bien: hasta ahora queremos que conste solo ha respondido á nuestra invitacion la fábrica de azulejos de Valencia; y los demas objetos que hayamos de publicar de la parte española de la Esposicion, hemos tenido que ir á copiarlos á Londres! En cambio, con solo saber que íbamos á ocuparnos en España de la Esposicion, se han acercado á nosotros varios fabricantes, en nuestro rápido viage por Francia, Inglaterra, Alemania y Bélgica, haciéndonos proposiciones para que demos á conocer sus productos en la península.

Por último (que no queremos alargar tanto como podríamos estas tristes reflexiones) en el extranjero la prensa política ha prestado un apoyo eficaz á las publicaciones consagradas á dar cuenta de la Esposicion: nosotros no le tendremos de la española, á no ser que nos tomáramos el trabajo de redactar reclamos á nuestro gusto, recomendándonos tanto como nos pareciera, y pagáramos su insercion, ó encargásemos á los amigos que nos dedicaran algunas de esas gacetas que se escriben ahora elogiando á todo el que dá algo á luz. En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en Italia, la suscripcion á los periódicos que describen el Palacio de cristal ha doblado con solo el anuncio; entre nosotros LA ILUSTRACION, estamos casi seguros de ello, no tendrá con este motivo el aumento de lectores que lograría ofreciendo al público mayor número de caricaturas y geroglíficos, ó una novela de Dumas ó de Eugenio Sue.

Después de estas ligeras esplicaciones nos creemos con derecho para decir que lo que vamos á emprender es una obra patriótica, en la que, seguros de perder sumas no despreciables, solo nos guía el convencimiento de que prestamos un servicio al país, y el deseo de complacer á los suscritores constantes de nuestro periódico, que no lo dudamos, serán de los que preferirán el trabajo que les ofrecemos á otros materiales mas frívolos, pero no mas interesantes.